

La Esfera

18 FEB 1922

Año IX Núm. 424

Precio: Una peseta



El día 1.º de Marzo
se pondrá á la venta

CON EL PIE EN EL CORAZÓN

NOVELA

POR

El Caballero Audaz

PEDIDOS:

Editorial «Mundo Latino»

APARTADO 502.—MADRID

A SUS PARIENTES,
A SUS AMIGOS,
A cuantos sufren de
Constipados, Males de Garganta,
Laringitis, Bronquitis, Cataro, Grippe,
Trancazo, Asma, etc.
como a todos los que quieran precaverse de estas dolencias
Recomendará V. con verdadero entusiasmo

LAS PASTILLAS VALDA

si V. en si mismo, bien sea una solo vez,
hubiere experimentado su notable eficacia.
PERO DÉLES BIEN A ENTENDER
que, como V. hizo, empleen solo

LAS PASTILLAS VALDA VERDADERAS

QUE SE VENDEN UNIGAMENTE EN LAS FARMACIAS
en GAJAS con el nombre
VALDA

en la tapa y nunca
de otra manera.

Farmacia
Mundo Latino
Calle de Génova, 10
Madrid

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

“LA CANASTILLA”

Especialidad en ropa de niños :: Ropa blanca :: Equipos
pa' a novia :: Camisería :: Géneros de punto
RUPERTO GONZALEZ
Fuencarral, 16, é Infantas, 2. — Madrid

ESPAÑA

LA MEJOR COLONIA
CARMEN, 10, ALCOHOLERA

TERMÓFORO

ó manta eléctrica
“OPPELT”

Se fabrican á todos voltaje,
temperatura y tamaños.

VENTA EXCLUSIVA:

47, ALCALÁ, 47
ELECTRODO

Misterios de la Policía y del Crimen

¡¡ PÍDASE A ESTA ADMINISTRACIÓN !!

Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL



Si alguna vez yo mandara,
por nada me apuraría.
Tengo el remedio en mis manos:
son los polvos PECA-CURA
de Casa Cortés Hermanos.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. —
Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50,
6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones
para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JAU-
CO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,
LOCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,
MUGUET, VIOLETA, JALAN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20.
Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con
estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA)

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



ENDVAR, el mejor Té inglés



Almorranas

Curación segura y completa, sin operación, de las hemorroides con

Supositorios **Anusol** Goedecke

que se introducen en el recto.
Anusol Goedecke hace ya más de 20 años que está acreditado
y recetado por los médicos. **Anusol Goedecke** calma pronto los dolores,
produce una evacuación agradable y cura por completo. No contiene com-
ponente nocivo alguno. A cada caja acompañan instrucciones exactas para
su uso. Pídase en farmacias el único y legítimo **Anusol Goedecke** y rechá-
cese toda imitación ilegal de nuestra marca. El nombre “Goedecke” garantiza
la legitimidad y eficacia completa del producto.

SEDLITZ CH. CHANTEAUD
de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tátrico,
Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante,
Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA,
ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de la SANGRE
PREPARADO POR URIACH C^a, 49, Bruch. BARCELONA

los c
vista
te
en esta Re-
Adminis-
4, 57 7



MAS DE UNA PALABRA

Nótase una tendencia por parte del público en todas partes á aceptar la palabra "cord" como una señal de la calidad del neumático.

El hecho es que la palabra cuerda ó cable es sencillamente un término descriptivo que indica un cierto método de construcción.

No es en verdad una garantía de la calidad del neumático.

Ciertamente hay quizá una variación en la calidad de las diferentes clases de neumático de cuerda ó cable.

Para estar seguro de obtener la perfección del completo desarrollo del sistema de cuerda en la construcción de los neumáticos de cuerda, en los que compre usted cuide de buscar el nombre GOODYEAR en ellos: no hay mejor garantía de la calidad.

Mire, además, por la firma dejada en los caminos y calles por el "All-Weather Tread", que demuestra el "record" diario de las preferencias por los neumáticos GOODYEAR.

NEUMATICOS DE CUERDA

GOODYEAR





No debe faltar nunca en vuestra toilette el perfume de moda

Secret d'Or Francy

Perfumeria-Francy

Paris
Madrid

HELIOS

La Esfera

Año IX.-Núm. 424

Madrid, 18 Febrero 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



El célebre caid Ben-Chel-Lal y el ex sargento de Regulares, Yamani, á quienes se deben varios actos humanitarios en favor de nuestros soldados

El primero salvó, durante el sitio de Monte-Arruit, al general Navarro y á varios oficiales, llevándolos á su casa é incautándose de las cartas, dinero y alhajas que llevaban encima, para entregarlo todo, como lo ha hecho, á nuestras autoridades militares. El segundo salvó, igualmente durante la retirada, á los oficiales Civantos, Dalías Pajarero y Rueda.

FOT. DÍAZ



DE LA VIDA QUE PASA

Adán contra Eva

Los crímenes conyugales en que el hombre afirma bestialmente su predominio se repiten con excesiva frecuencia, y no son fruto exclusivo de una raza ó de una nación. En todas partes el hombre parece exacerbado en sus instintos crueles. Nietzsche ha podido decir que el hombre es á veces malo, y la mujer, perversa en toda ocasión; pero esto no pasa de una *boutade* del gran misógino. El hombre es más cruel que su compañera, más sanguinario, y, sin discusión posible, la sobrepuja en ferocidad.

Palpitante está el caso de la pobre Conchita Robles, una actriz joven, guapa é inteligente, muerta á tiros por su esposo. Nadie desconoce las circunstancias del «suceso», que han narrado todos los periódicos. En la tragedia de su vida, el Destino le «repartió» á Conchita el papel de víctima. Después de representarlo valerosamente algunas temporadas, «lo devolvió». El marido quería que «la obra» continuase representándose á su antojo: el hogar y la esposa, cuando le conviniesen, para descansar de la orgía y la aventura. Conchita se negó. Separada judicialmente del hombre que la había martirizado y escarnecido, prosiguió su vida de comedianta, considerándose una mujer libre; esto es: redimida por su trabajo y con derecho á mandar en sí misma.

No lo entendió así él. Su posición social—según ha manifestado en sus primeras declaraciones—no le permitía tolerar que su esposa se exhibiese en las tablas. ¡Donoso pretexto para encubrir los celos, el rencor, el despecho: el móvil bárbaro y bajo que le condujo al asesinato! Ni la actriz era ya su esposa, ni hay sombra de liviandad ó de vergüenza en el arte escénico ejercido dignamente, que era como lo ejercía Conchita Robles.

El crimen de este militar español es semejante á los que cometieron no ha mucho un ingeniero francés y un publicista yanqui. Las circunstancias varían; pero en lo que coinciden el español, el francés y el yanqui es en la idea salvaje, en la idea troglodítica de que el hombre puede matar á la mujer que no le quiere, le rehuye, le traiciona ó, más simplemente, le estorba. En lo que coinciden los tres conyugadas es en aplicar, por el hierro y por el fuego, la ley del hombre: esa ley que no figura en los Códigos como no sea para cohonestar el homicidio en el caso de adulterio flagrante, pero que el hombre lleva en la sangre desde los orígenes del Mundo. La mujer es la esclava; la mujer es la cosa. Cuando se permite tener aspiraciones, tomar iniciativas, ser libre, el hombre debe llamarla al orden con seis pastillas de sublimado ó cuatro tiros de browning.

Más todavía: el hombre puede matar á las mujeres por series. Es el caso de Landrú. O despedazarlas y arrojar sus despojos al Sena, al Danubio ó al Guadalquivir. Claro que, en ciertas ocasiones, la justicia, la frágil justicia de los hombres, toma cartas en el asunto; pero, ¡cuán fácilmente absuelve al «vengador de su honra»! ¿Y no se ha visto al Jurado de Versalles titubear mucho antes de condenar á Landrú?

El hombre lleva en la masa de la sangre la idea cavernaria de la inferioridad, de la bestialidad de la mujer. Por eso, todavía hoy en ciertas tribus africanas y asiáticas la ceremonia nupcial se reduce á un simulacro de caza en el que el hombre persigue, acosa y abate á la mujer.

Los occidentales nos diferenciamos muy poco de esas tribus. Unas cuantas fórmulas en los Códigos, unas cuantas frases en los libros y en el teatro—desde Stuart Mill y Bebel hasta Ibsen, Brieux y Paul Hervieu—apenas han mejorado en más de medio siglo la situación de la mujer. El hombre sigue abusando de ella y asesinandola. Por una madame Bessarabo nos encontramos con varios Boppe y con más de un Landrú. En Madrid, por ejemplo, el crimen llamado pasional suele ser siempre el mismo: el chulo que mata á su coima ó el marido ultrajado que mata á su mujer. Es muy raro el crimen inverso. Pasan años sin que surja una Cecilia Aznar. En España ha llegado á rodearse de una aureola romántica al asesino por celos. Ahí tenemos á «Juan José».

Lo terrible de todo esto es la dificultad, casi la imposibilidad de remediarlo. Unos dicen:

INTELECTO Y BELLEZA

*Sculpte, lime, ciselle,
Que ton reve flotant
Se scelle
Dans le bloc resistant.*

GAUTIER

¡Oh, jóvenes artistas!... Apresad los buriles de vuestro numen sacro para hacer los perfiles de las Musas del Arte, pletóricas de unción, y escoged los motivos más puros y poéticos para en rimas gallardas y en efectos sintéticos mostrar el cuadro vivo del encaje-canción.

Retened el prodigio de la frase que brilla, que se extiende en volutas, que es crisol y semilla, árbol-lira en que canta su trova un ruisenior, subterránea cadencia de las vetas de oro, milagrosa armonía del salterio sonoro, y sistre y flauta y trino y fuente y surtidor.

Que en la alquimia sublime de vuestro pensamiento salte el símbolo verbo fundido en el momento en que el alma concentra la virtud de crear; y en explosión de vida y en eclosión de flores veréis cómo las rimas, divinos surtidores, se envuelven en la blonda cabellera lunar.

Buscad, como Sinesio, la piedra primorosa que lleva en sí la esencia del vivir, y la rosa que salga cincelada de vuestra arcanidad tendrá el fulgor vibrátil que se fragua en los soles, el matiz de los bellos marinos caracoles, el blancor de Selene y azul de Eternidad.

Escoged la centella de la frase precisa para el verso de oro, cuya veste se irisa en el cielo del Arte, majestuoso y sutil; resumid el elixir que la estética encierra y en cráteres corintias regadlo por la tierra que clama por el canto multiforme y viril.

Que el Arte soberano, sin cadenas ni normas, sin troqueles arcaicos, sin pretéritas formas, os mire lanza en ristre por su dominio entrar, llevando en el armiño del casco refulgente escrito, con nobleza, la frase Independiente como el cenit ignoto y el abismo del mar.

El Arte es á la vida lo que el sol á las plantas, y cada planta tiene «sui generis» y santas maneras de expandirse bajo el combo zafir; que el vidente del Arte produzca la Belleza de frente al crisol puro de la Naturaleza, única preceptora que hoy se debe admitir.

Hay sólo una manera de decir el encanto de la rítmica frase, que en la gama del canto es vida y es substancia, psiquis é idealidad; y si el potro del verbo no lo doma el artista, no podrá su poesía, de factura efectista, cabalgarle en camino de la Inmortalidad.

Frase-mármol sublime, frase-orquesta sonora, iris-frase y estrella, frase-peplo de Flora—Baudelaire y Leconte, D'Annunzio y Mallarmé—son las frases brillantes, las miríficas gemas que requieren los bardos para hacer sus poemas y escuchar de la Gloria su triunfante «Evohé».

Robad á los orfebres sus buriles preciosos, sus ritmos á los Wagner, sutiles y armoniosos, su visión á los magos del pincel y el color, y con fusión tan rica formad el estandarte que lleve por divisa «El Arte por el Arte», y junto al mismo tema «Con amor y dolor.»

Luis BAS-MOLINA



LUIS BAS-MOLINA

«Démosle al matrimonio la válvula del divorcio.» De acuerdo. Pero el divorcio no suprime el instinto homicida del hombre, y en los países de divorcio con disolución de vínculo, el marido que mata es tan corriente como en los demás. El divorcio es una cuestión de higiene social, pero no un elemento profiláctico contra el crimen.

Otros dicen: «Que las leyes sean inexorables con el hombre que mata á una mujer; que terminen las complacencias y tolerancias del Código; que «en ningún caso», el esposo pueda ejecutar á la esposa; que el fuero de la vida esté «siempre» por encima del de la honra; que se considere la vida humanamente, fisiológicamente, y no á través del prisma calderoniano ó romántico, etc., etc.»

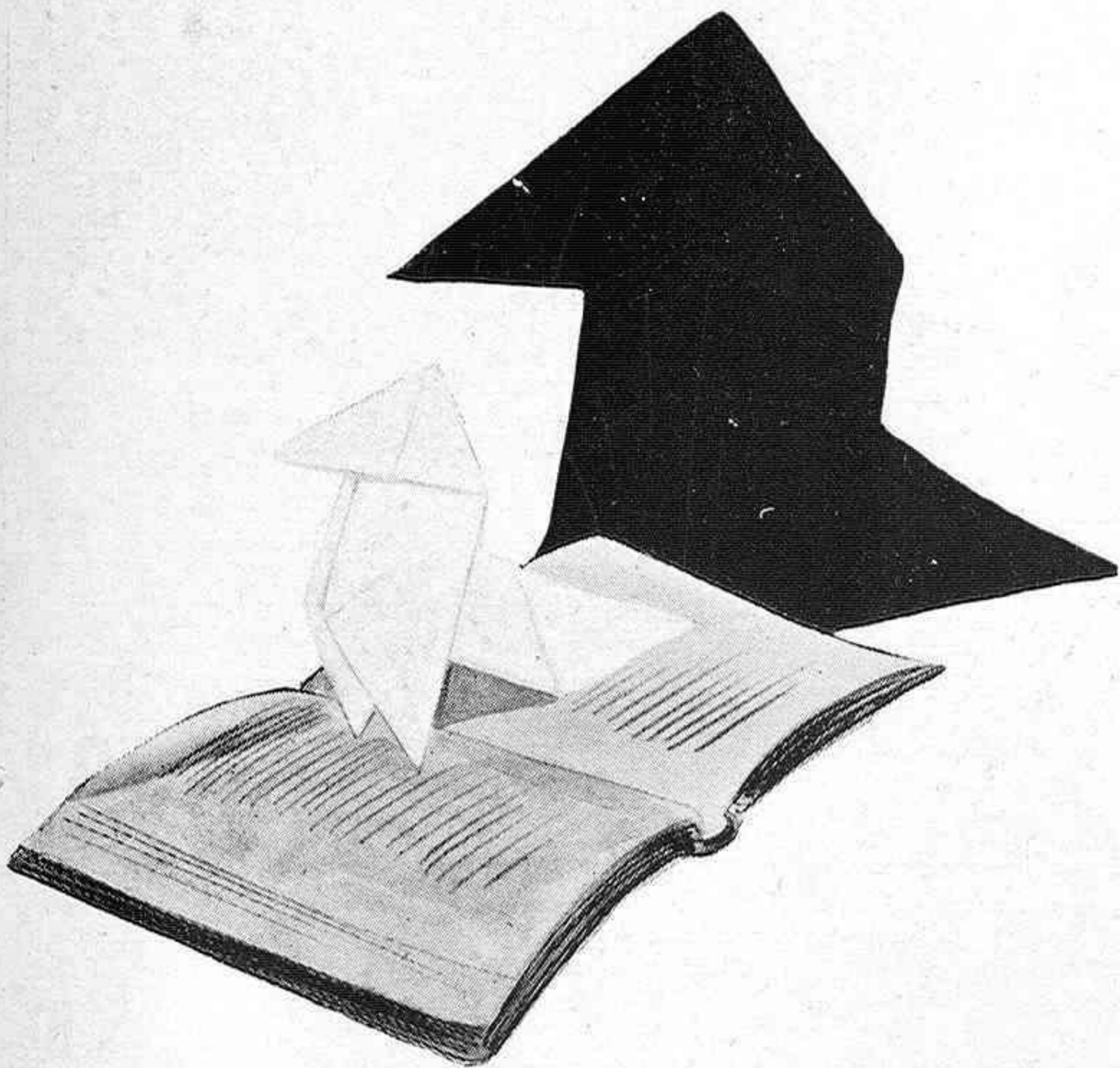
Todo esto está muy bien; pero, ¿qué le importa la justicia pública al marido ó al amante que después de matar se mata?

No hay más que un remedio: cultura; cada vez más cultura. El día que cada hombre comprenda el mecanismo de las pasiones y admita que el amor, por esencia, es cosa frágil y ultradinámica; el día que el hombre sepa que no hay cadenas para el amor, los crímenes de su orgullo, de su necedad y su barbarie habrán dejado de existir.

No hay que transformar las leyes. Hay que transformar al hombre. Hace veinte siglos, Jesús, el Hijo de Dios, perdonó á la Cortesana y á la Adúltera. Y lo que un alma inmaculada supo perdonar, no lo perdonan todavía los hombres, más intransigentes cuanto más egoístas, y más sanguinarios cuanto más culpables. En el caso que motiva estas líneas, mató quien habría debido morir, si una justicia suprema se ejerciese, inexorable, sobre nuestros actos.

ALBERTO INSUA

Eduardo Zamacois, con cuyos cuentos y cuyas crónicas se honraron tantas veces las páginas de LA ESFERA, ha publicado recientemente un nuevo libro, titulado *Confesiones de un niño decente*, con el que el insigne maestro de la novela española contemporánea añade un nuevo florón a la larga y triunfante serie de sus obras. En la que ahora ha salido, el apasionado autor de *La opinión ajena* hace gala una vez más de la originalidad, de la observación penetrante, del limpio estilo literario, de la amenidad y el interés que tan justos éxitos le proporcionaron en sus libros anteriores y le están proporcionando ahora con estas *Confesiones de un niño decente*, obra de la que ofrecemos a nuestros lectores, en la presente página, dos capítulos.



PAJARITAS DE PAPEL

Esro sucedía en Sevilla, en una casa de la calle Gerona y bajo la mirada apacible de una vieja lámpara de petróleo. La escena, en el comedor. Hora, las nueve de la noche. Mi madre se había acostado. Mi padre, sentado enfrente de mí, leía *El Imparcial*, extendido sobre la mesa, sin una arruga, porque mi padre tenía la costumbre de alisarlo y plancharlo bien con las manos antes de ponerse á leer. Yo, los codos en la mesa y los dedos hundidos como garfios bajo el bosque de mi peluda cabeza, estudiaba en la gramática de Fuentes y Martín los secretos de la sintaxis latina. ¿Por qué la construcción de la oración A debe ser diferente de la oración ó preposición B?...

Lentamente los hilos de araña del sueño iban enredándose á mi espíritu y agarrando los sutiles mecanismos de la memoria. Las ideas se desarticulaban, un polvillo gris parecía descender con la luz sobre las dos anchas páginas del librote de texto, pesado y denso como un ladrillo; los renglones se emborronaban en una especie de ceniza. Mis brazos se aflojaban. Ya no podía decirse que me apoyaba en la mesa con los codos, sino con los sobacos...

Pero yo no quería rendirme ni al cansancio ni al fastidio; yo era uno de «los gallitos» del Instituto, y aspiraba en Latín, como en Historia de España, al «número uno».

Mi padre, compadecido de las torturas á que me sometía mi pundonor estudiantil:

—Eduardo, ¿por qué no te acuestas?

Yo (*sacudiendo mi duermevela*).—Todavía no me sé la lección.

El.—Mañana madrugas y te la aprendes en un periquete.

Yo (*atropellando desvergonzadamente la verdad*).—Es que si yo me acostase sin saberla los remordimientos no me dejarían dormir.

Un silencio. Yo cierro los ojos, creyendo que mi padre no me ve.

El.—Eduardo.

Yo.—¿Eh, papá?

El.—Vete á la cama, muchacho.

Yo.—¡Dale! ¡Pero si no tengo sueño!

Otro silencio más dulce, más largo. Mis codos resbalan poco á poco hacia afuera, sobre la mesa, lo que me obliga á bajar la cabeza. Mi barbilla casi se apoya en la odiada gramática; no la leo; «la bebo»...

El silencio inefable se prolongó. Al fin me quedo dormido. Cuando despierto experimento una terrible sacudida de vergüenza y de cólera. Mi padre se ha marchado después de ponerme sobre el texto latino una pajarita de papel. ¡Luego mi padre no creía en mi aplicación y se burlaba de mí!... Aquella pajarita de papel, colocada sobre la austeridad de un libro de texto, era un epigrama, era una pirueta...

También, según luego he comprobado, era una enseñanza.

La pajarita con que aquella noche—y otras muchas—mi padre, gran humorista, se rió de mí, vale toda la obra de Eça de Queiroz. Su filosofía irónica es enorme. Ella me ha enseñado á ser comprensivo y modesto, y á no afligirme desmedidamente en las situaciones graves.

«Todo se arregla al cabo», pienso.

¡Padre y maestro!... Gracias á ti, sobre los problemas más ingratos de mi vida, sobre mis dolores más crueles, he visto surgir de pronto, alegre, consoladora, semejante á un arcoiris, una pajarita de papel.

EN EL ESTRIBO

El desenfadado Abel Hermant habla de cierto *vieux marcheur* que, hallándose en trance de morir, se lamentaba de no haber aprendido á tocar la guitarra ni á montar en bicicleta.

¿Extravagancia?... ¡No!...

A los trece años, en ese divino dintel de la vida en que la niñez y la juventud cambian un beso de miel, yo he conocido un dolor semejante.

—Me voy de la infancia—suspiraba—sin haber roto un farol y sin saber lo que es encaramarse á la trasera de un coche.

A lo largo de mi niñez yo había arrastrado secretamente estos dos deseos. Soñaba con ellos. Subirse á la zaga de un vehículo sin que su conductor, símbolo de la autoridad, lo advierta, y, agarrado á los muelles, dejarse llevar de aquí para allá á través de la ciudad desconocida. O también coger una buena piedra, y, á la hora del crepúsculo, lanzarla contra algún farol recién encendido. ¡Instante excelso! El proyectil da en el blanco, los cristales saltan hechos añicos; la luz, desamparada, flama; protestan los transeúntes, y el autorcillo del desaguado, llena el alma de risas, huye con celeridad conejuna entre las sombras...

Todos mis amigos habían realizado estas dos fechorías; testigo ocular fui más de una vez de su heroísmo, y este ejemplo contribuyó á reafirmar mi ansia de imitarles; un ansia tan punzante, que llegó á ser un dolor, ó más bien el remordimiento de no atreverme á usar de los fueros que me otorgaba mi poca edad. Yo no podía seguir á mis camaradas libremente; mis padres no me quitaban ojo; una prudente eutrapelia moderaba mis recreos y echaba agua en el caliente vino de mis mejores alegrías. Yo, dentro de mis trajes perfectamente cepillados, sentía—como una asfixia—la desgracia de ser un niño «demasiado decente».

Hasta que una noche...

Varios muchachos andábamos jugando al «marro» por los aledaños de la plaza Nueva. Un coche descubierto pasaba; el caballo iba al trote..., y la idea tanto tiempo acariciada me asaltó. El cochero enarbolaría el látigo para pegarme, y yo entonces pondría pies en polvorosa haciéndole una pirueta irreverente, y mis compañeros admirarían mi audacia. Lancé á mi alrededor una mirada escrutadora, y no vi á mi padre. ¡Era la ocasión!...

Eché á correr, y alcanzando el vehículo, traté de subirme á su trasera; mas no lo conseguí, aunque fué decidido el empeño que puse en ello, bien porque la capota colgase demasiado, ó porque mi cuerpo, hartado grandullón ya, no cupiese en escondrijo tan mezquino. Convencido de lo cual, y resuelto, no obstante, á llevar á término mi propósito, de un salto me planté descaradamente en un estribo.

Estaba ciertísimo de que la señora y el caballero que ocupaban el coche afejarían mi atrevimiento, y que el cochero intentaría castigarme. La diversión era esa...

Pero me equivoqué. Aquellas dos personas, llenas de corrección, debieron de hallarme simpático y limpio, y, lejos de regañarme, me propusieron sentarme á su lado.

—Irás mejor—decían—. Ahí, en el estribo, puedes caerte...

No contesté y escapé humillado. Yo quise hacer una pillería, y había hecho una gracia.

Más tarde—después de haber apedreado muchos faroles—he visto que aquellas dos honorables personas no me comprendieron. Los seres gregarios, los comodones, los eternamente pacíficos, olvidados de la Sensación y de la Inquietud, ignoran el deleite de aventura que ciertas almas sienten viajando, de cuando en cuando, en el estribo...

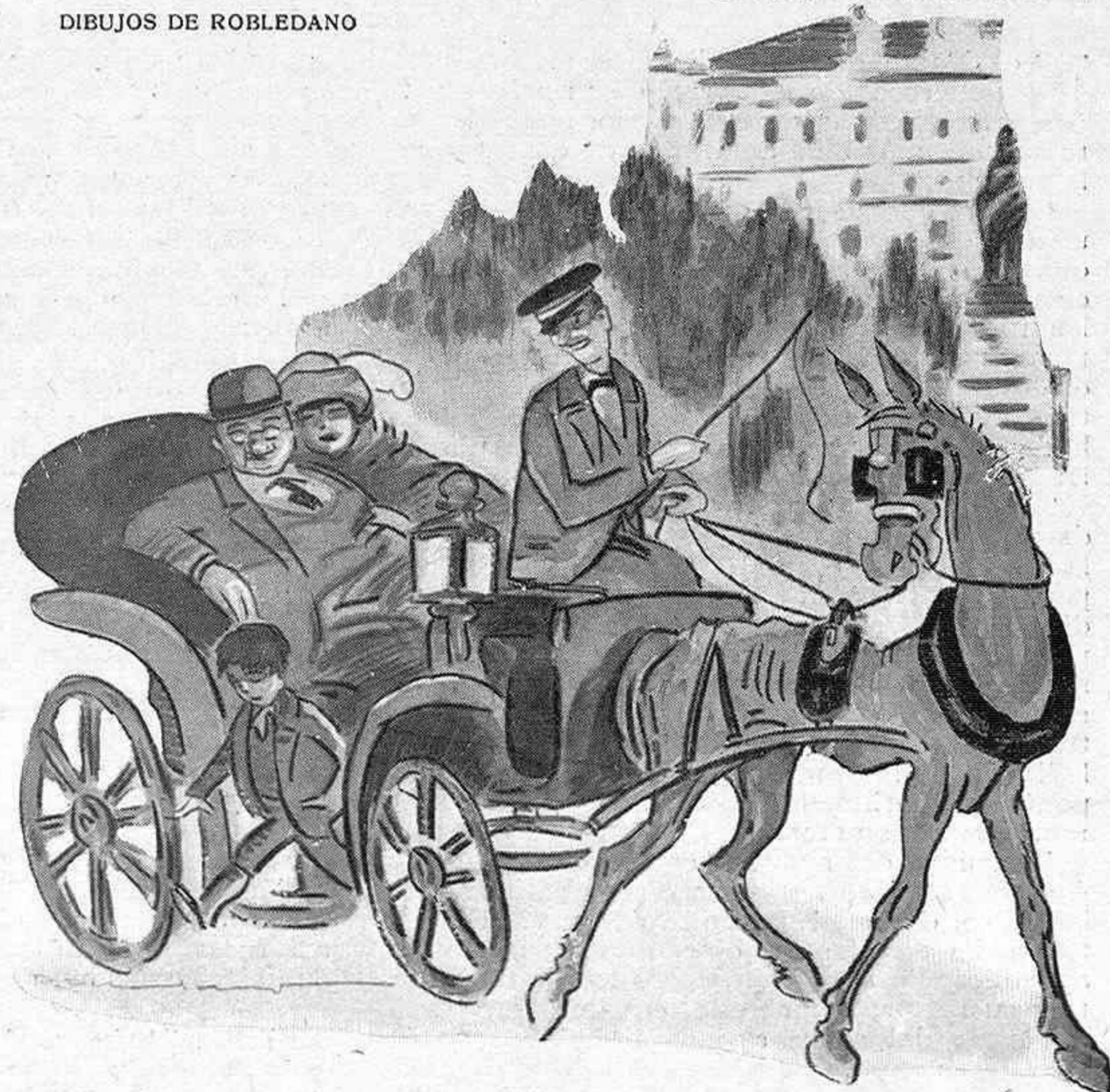
Muchas veces, como en aquella noche infantil, los que se creen capacitados para hablar «de lo que debe ser», me invitaron á sentarme junto á ellos.

Y yo les respondí:

—Ustedes, señores del rebaño, no entienden de «eso». Yo voy aquí mejor.

EDUARDO ZAMACOIS

DIBUJOS DE ROBLADANO



PADRE, MARIDO, REY Y... MÉDICO

(VERDADES Y FICCIONES DE LA HISTORIA)



No! Nadie que se halle al servicio de los poderosos de la tierra, de príncipes y tiranos, está seguro de comer apaciblemente su pan, más bien amargado de continuo por la zozobra.

Grande debía ser la que Erasistrato, de Ceos, médico del rey de Siria, sentía, á la sazón, para obligarle á ir con la cabeza baja, fruncido el entrecejo, las manos á las espaldas, como van los filósofos atormentados por una idea abstracta, ó los que, sin ser filósofos, lo están por dudas y terrores angustiosos; igual que un autómatas discurría el de Ceos por Antioquía, acabada de fundar como capital de Siria por Seleuco I, en memoria de su padre Antíoco.

Tan abstraído caminaba, que á veces, sin darse cuenta, encontrábase fuera del recinto de la flamante ciudad, en la hermosa vega regada por el Orontes, y ni aquel deleitoso campo, predilecto de Ceres, á juzgar por la amorosa esplendor con que le vestía de higueras, morenas y olivos, le hacía levantar los ojos de la rojiza tierra, como si esperara que de sus entrañas surgiera á su paso el genio benéfico que le librara de la acongojadora situación en que le ponía el Destino, la deidad á la que dioses y mortales se someten.

El asunto era arduo y espinoso en demasía. Antíoco, el hijo del rey, sentíase abatido y melancólico, desmejorándose rápida y visiblemente de día en día: sus ojos, hundidos, estaban apagados, sin expresión, como los de una estatua; su rostro, demacrado, era de cera, por lo quebrado del color; apenas si hablaba, y las

contadas palabras que salían de sus labios eran tenues como suspiros: antes ofrecíase como manco alegre y bullicioso, que se ejercitaba con los muchachos de la Corte en los juegos de destreza y valentía, manifestando la vehemencia propia de sus años mozos; ahora permanecía encerrado en su cámara la mayor parte del tiempo, y cuando salía, vagaba por el palacio y la ciudad como sombra dolorida, callado, amurriado, caídos los brazos á lo largo de la alba túnica.

Y era cosa que encogía el ánimo de los familiares de Seleuco (1), el temerario general macedonio, uno de los lugartenientes favoritos del Gran Alejandro—y en esto descansaba su mayor gloria—, verle temblar como débil mujer á la sola presunción de que los días de su hijo estuviesen ya contados.

¿Qué misteriosa dolencia consumía la vida del príncipe? He aquí la pregunta á la que debía contestar el médico de cámara del primer seleucida.

Erasistrato no creyó desde el primer momento que la enfermedad del egregio doncel dimanara de una causa física: por mera fórmula, le hizo varias preguntas; le tomó el pulso, que encontró—como se temía—muy alterado, y acabó recetándole, para ganar tiempo, una infusión de hierbas inofensivas.

No era el cuerpo el que había enfermado; si así fuese, habría intentado valientemente su curación, pues no pecaba, á buen seguro, de

(1) Conocido por Nicator (*vencedor*), por haber conquistado la Frigia, la Mesopotamia, Armenia y Siria.

tímido en su arte quien, como Erasistrato, no sólo era el primer anatomista que hubo de diseccionar los cadáveres, sino que empleaba un sistema radical para la aplicación directa de los medicamentos en los órganos enfermos: abría el abdomen del paciente.

Y he aquí que tres siglos antes de Jesucristo veías Erasistrato convertido en uno de esos sabios de los cuentos azules que se dan de calabazadas por averiguar la causa de la enfermedad insólita que aqueja á cualquier hijo ó hija de príncipe.

—El mocito este—reflexionó el de Ceos—tiene una grave afección moral que le está desbaratando á ojos vistas. Averigüemos la causa y encontraremos el remedio.

Y ni porque acudiera á los halagos ni á las amenazas, ni invocara á los dioses ni los afectos más íntimos del muchacho, logró que éste le declarara lo que el médico quería saber. Antíoco encerrábase en un mutismo desesperante; sólo decía suspirando:

—¡Ojalá fuera pronto huésped de Plutón!

Palabras que sólo expresaban un deseo macabro, dejando en sombras la causa que movía al desesperado mozo á pronunciarlas: lo que era indudable que no las decía por decir, puesto que, á pretexto de su enfermedad, negábase á tomar alimento, convirtiéndose en pavesa humana.

Un buen día, Erasistrato se dijo, frotándose las manos y con la profunda convicción del que cree haber dado en el hito de la dificultad:

—El príncipe es esclavo de Eros. Parece men-

tira que no se me haya ocurrido desde el primer momento una cosa tan sencilla, tan lógica y natural... Pero, ¿quién es ella?...

Con un mozo tan testarudo como el hijo de Seleuco, no era fácil ni mucho menos averiguar el capitalísimo detalle sobre el que había de fundamentarse la curación.

Para conseguir lo que se proponía, y pretextando serle preciso vigilar de continuo al enfermo, Erasistrato logró que le permitieran vivir con éste en su propia cámara.

Siempre que en la misma penetraba alguna mujer, el médico no apartaba los ojos del príncipe; mas el príncipe permanecía hosco é indiferente, sumido en su acostumbrada melancolía..., excepto cuando Estratonice, su madrastra (1), entraba sola ó acompañada de Seleuco. Entonces, como declara Plutarco (2), notábanse en Antíoco «todas aquellas señales de Safo: apocamiento de la voz, encandimiento del color, caimiento de los ojos, repentinos sudores, alteración é intercadencia del pulso y, finalmente, que tenía desmayos, dudas, temores y poco á poco se iba quedando pálido».

El de Ceos, al observar estas inequívocas señales, quedóse aterrorizado: el amor del príncipe era imposible, insensato y, por serlo, acarrearía su muerte. ¿Cómo salvarle?... ¿Cómo decir al padre: «Si quieres que tu hijo viva, dale tu mujer, la hermosa Estratonice, de quien tan enamorado te hallas?»

¿Comprendéis ahora por qué el médico de Seleuco andaba tan abstraído y meditabundo?... La ética del médico griego, su «conciencia

(1) La hermosa Estratonice, hija de Demetrio Poliorcetes, estaba casada con Seleuco, del que tuvo un hijo.

(2) *Vidas paralelas*: Demetrio.

profesional», como hoy se dice, no le permitían encogerse de hombros y dejar indefensa la vida en peligro de un semejante.

Así, pues, decidido á todo, pasara lo que pasara, incluso que la ira real desbordada le hiciera ser víctima del deber, puso término á sus crueles zozobras y vacilaciones presentándose á Seleuco y diciéndole resueltamente:

—Sabrás, señor, que al fin conozco la causa de la enfermedad del príncipe, tu hijo. Por desgracia, el remedio es imposible de administrar.

—¿Qué dices, Erasistrato?—preguntó Seleuco con mortal angustia—¿Pues qué enfermedad es la suya para que tú, con todo tu saber, afirmes que no puede dársele el remedio que le cure?...

—El príncipe—repuso pausadamente el de Ceos—está enfermo de amor.

—¡Benditos sean los dioses, que tal enfermedad dieron á mi hijo!—exclamó transportado de gozo el padre.

—Pero el remedio no es posible procurárselo—tornó á insistir el griego.

—¿Por qué?... ¿Qué cosa habrá imposible tratándose de salvar á mi hijo?—volvió á preguntar Seleuco, desconcertado.

Y con vehemencia, argumentó:

—¿No dices que está enamorado?... Pues, entonces, ¿qué mejor remedio que darle la mujer amada?...

—Indudable, señor; pero el príncipe está enamorado de mi esposa—repuso grave y pausadamente Erasistrato.

Siguió á estas palabras un silencio inquietador; reponiéndose de su sorpresa, el rey, que á todo anteponía su amor de padre, dijo con acento de reproche:

—¿Y no se la cederías á mi hijo, siendo, como

eres, tan amigo suyo? Y aun cuando esto así no fuera, ¿no te conmueve mi pena, la intranquilidad horrorosa en que todos vivimos?...

Le interrumpió Erasistrato, diciéndole en tono reposado:

—Porque ni tú, con ser su padre, tendrías semejante condescendencia si sus deseos se dirigieran á Estratonice (1).

—¡Ojalá así fuera!—afirmó Seleuco con voz que ponía temblorosa la emoción—Porque yo, con tal de ver recobrado á mi hijo, tendría por ventura hasta ceder el reino.

—Todo está remediado—afirmó conmovido á su vez el sabio griego, tomando la diestra del heroico caudillo, por cuyas mejillas resbalaban silenciosas las lágrimas—, porque siendo padre, marido y rey, serás también el mejor médico de tu casa (2).

Abrióse un silencio solemne entre ambos interlocutores: el rey, caída la cabeza al pecho, estuvo unos instantes como sumido en honda meditación... El amor de padre triunfó del de esposo, y ahogando un suspiro, dijo, fijando la vista en el de Ceos:

—Tienes razón, amigo mío: en este caso, ningún médico mejor que yo puede haber para mi hijo...

ooo

Cuentan los historiadores que se celebró la boda de Estratonice con Antíoco, y que Seleuco asoció á su hijo en el mando del Imperio, nombrándole, con beneplácito del pueblo, rey de los países situados al Este del Eufrates.

ALEJANDRO LARRUBIERA

DIBUJOS DE VARELA DE SEITAS

(1) *Plutarco*. Obra citada.

(2) *Id.*



DOMADORES DEL ÉXITO

EL CAPITÁN GENERAL WEYLER

Por mi voluntad—equivocada—, se me habría quedado esta entrevista sin celebrar. Entre otras razones, porque imaginábame un erizo al buen duque de Rubí, y teniendo yo también no pocas púas para haber de aguantar las ajenas, hacía poca gracia el encargo de entrevistarle á raíz de su dimisión de la jefatura del Estado Mayor Central, reiterado después de resolverse la última crisis, cuando mi querido amigo el agricultor sevillano Sánchezdalp, que por bien informado en política debería hacerme repórter, me advirtió:

—El general Weyler, aparte poderle contar episodios interesantes de los tres últimos cuartos de siglo de la historia de España, por haberlos vivido, su patriotismo le dictará cosas no menos interesantes de actualidad... Y además, es un hombre educadísimo y cortés...

Y cogiéndome cariñosamente por el brazo, me metió en su automóvil, y me dijo:

—Le llevo á usted á casa del general.

Acertó; pero mi primera impresión... Híceme anunciar, y á los pocos segundos volvió el criado, diciéndome:

—Dice el señor que le dispense, que no está para *interviews* tal como está la política...

—Dígale usted al general que tampoco la pretendo exclusivamente política... Que charlaremos de sus campañas y de lo que guste...

Poco después hacía pasar á un salón que parecía más bien abigarrado museo de ricas curiosidades ultramarinas. En medio de la U que formaba la sillería enfundada, un panzudo Buda, sobre un velador, miraba al sofá.

Salió en seguida el más alto y más bien ganado prestigio militar de España. Vestía un chaquet cortísimo, con su proverbial despreocupación en lo referente á indumento de paisano. Tras un rápido saludo, me preguntó secamente qué quería; me ordenó sentarme; sin aguardar mi respuesta, sentóse él, y como le expusiera de pie el objeto de mi visita, repitió su orden con afabilidad, pero con nerviosidad:

—¡Siéntese usted!

—Me crié en Palma de Mallorca—comenzó diciendo en respuesta á mis preguntas—. Allí nací en 17 de Septiembre de 1838.

—Pues no aparenta usted sus ochenta y tres años—exclamé.

—Ya lo creo que no. Mi padre, de Sanidad Militar, llegó á general de división. Mi abuelo, que fué coronel, murió de cuatro balazos en la guerra de la Independencia. Era yo muy aplicado en mi infancia, y me criaba muy enclenque. Sin embargo, llegó allí un capitán entusiasta de la Gimnasia, que entonces casi no se sabía lo que era, y me ejercité en ella con los soldados. A la mucha gimnasia que he hecho atribuyo mi salud y mi resistencia á toda clase de fatigas. Aun ahora, muy mal día ha de hacer para que no monte yo á caballo unas horas...

—¿Cursó usted el bachillerato en Palma?

—No se exigía para ingresar en el Colegio de Infantería, en donde entré á los quince años, y de donde salí subteniente á los diez y ocho. El ministro de la Guerra quiso favorecerme nombrándome su ayudante, pero como no me gustaba, ni me gusta, la política, solicité mi destino á un regimiento, y fui al de la Reina. Allí, por cierto, gané media onza escribiendo yo, que era y soy muy incrédulo, un sermón, con el que se lució el cura de mi regimiento... A los diez y nueve años ingresaba en lo que hoy se llama Escuela Superior de Guerra, de la que salí teniente á los veintidós, con el número uno de calificación entre los de mi clase.

—¿Qué opina usted del Cuerpo de Estado Mayor?

—Que hay que reformarlo. El ganar por el estudio el fajín, como el título en cualquiera otra carrera, no debe suponer aptitudes. Se puede ser un sabio en la Escuela y no servir luego para nada en el Cuerpo de Estado Mayor. Es como un individuo que supiese hacer una cura, pero no supiese hacer un diagnóstico. En Alemania, antes de la guerra pasada, de la Escuela Superior de Guerra los diplomados pasaban á un regimiento, y si demostraban servir para el Estado Mayor, se les llamaba; y si no, se les dejaba para siempre en el regimiento... Para pertenecer al Estado Mayor se requiere condiciones extraordinarias hasta de vigor físico, para pasar trabajando varios días sin dormir...

—¿Cuándo fué usted á Cuba por primera vez?

—A los veinticuatro años, de ca-

pitán, á petición mía. Y como por ir allí se ascendía, me vi de comandante á mi llegada. Allí empezó á protegerme la suerte: recién llegado, me obsequió con diez mil duros la Lotería.

—¿Es usted supersticioso?

Y como contestase negativamente, insistí:

—¿No tiene usted fe en algún amuleto, en algún talismán, en...?

—Nada. Yo soy incrédulo. No creo sino en lo que veo...

Acordándome de que posee la Cruz de la Orden Pontificia, me quedé haciéndome cruces, mentalmente.

—De la Habana pasé á Santo Domingo, posesión que luego se perdió, como otras que no debieron perderse, y que, sobre todo las últimas, no habríamos perdido si no hubiese muerto Cánovas... Pero le asesinaron cuando sólo me faltaba pacificar la parte occidental, y estaba yo tan seguro de pacificarla, que le había dicho al Gobierno que no necesitaba ni un soldado más, si seguían mandándome el dinero necesario... Los insurrectos no podían resistir más...

—¿Cómo lo sabía usted?

—Porque yo, que siempre he dirigido personalmente mi Policía, tenía mis confidentes, muy bien pagados. Las cartas de Estrada Palma llegaban todas á mi poder, como las de los principales cabecillas. Cada carta me costaba cien pesos oro. Muerto Cánovas, dimití por delicadeza; se me admitió la dimisión, y desde entonces todo fueron torpezas y errores en la política española. El capital, al estallar la guerra con los Estados Unidos, el de enviar la escuadra á Santiago de Cuba. Si la hubiesen enviado á las costas norteamericanas, á hacer lo que llamamos una diversión en estrategia, no nos hubiesen bloqueado la Isla y además se habría recibido la agradable sorpresa de que la artillería de la escuadra enemiga... ¡no llevaba municiones!... En vez de atender á Santiago de Cuba, que no era una plaza fuerte, se debió haber atendido á evitar el desembarco de las tropas enemigas...

—¿Cuál ha sido el momento más comprometido de su vida militar?

—Han sido dos: uno, en Santo Domingo; el otro, durante la guerra civil, en Bocarrente. El primero fué de riesgo personal; el segundo, de responsabilidad de mando, que da más miedo. En Santo Domingo se me encargó llevar á la capital de la Isla unas instrucciones... Salí con una columna de ciento treinta hombres, que hube de dejar á la orilla del Jaina, por no haber balsas para pasarlo. Yo lo pasé á caballo, con mi asistente y un práctico, exponiéndonos á ahogarnos. Apenas vadeado el río, nos emprendieron á tiros los insurrectos, y salimos á galope tendido, oyendo silbar centenares de balas... Cumplí mi comisión, y á mi regreso el enemigo atacó á mi columna, matándome todos los caballos, incluso el mío, y hasta me rozó una bala una pierna y otra atravesó el arzón, y tuve bastantes muertos y heridos. Para no abandonarlos, me replegué, y mientras con cincuenta soldados hacía frente á unos ochocientos enemigos, ordené al resto de mi columna que derribasen árboles, para parapetarnos, y salvé el peligro. Pero estuvimos tres días sin comer, hasta que vinieron tropas nuestras á socorrernos. A los supervivientes de mi columna y á mí se nos rindieron honores de capitán general, y á mí se me concedió la cruz laureada de San Fernando; la primera que se concedió según la ley O'Donnell, mediante juicio contradictorio...



—De las trescientas acciones de guerra en que habrá usted arriesgado la vida, ¿cuántas veces ha sido herido?

—¡Ninguna!—contestó este favorito del dios Exito.

No sé por qué, aprovechando una pausa, se me ocurrió preguntarle:

—Cuando se le anunció mi visita, ¿creyó usted que venía con intenciones de *interviu* política?

—Es que habría tenido que decirle lo mismo que dice *La Correspondencia Militar*...

Oído esto á los pocos días de darse por resuelta la cuestión militar, me quedé estupefacto. Bien claro me dió á entender que no estaba resuelta, ¡ni mucho menos!...

—¿El otro momento apurado de su vida militar?...

—En Bocairente. Allí, más que al enemigo, temía la responsabilidad del mando, ¡que eso sí que da miedo! Era ya general...

—¿A qué edad?

—A los treinta y cuatro años. Y coronel, á los treinta. Era en vísperas de Nochebuena del 73. Mandaba una brigada de dos mil hombres, con cien caballos, encargada de perseguir á la facción carlista Santés, fuerte de siete mil hombres y seiscientos caballos. Tenía orden de no arriesgarme á luchar con ella más que en condiciones ventajosas, y de no salirme de Valencia... ¡Y las condiciones de inferioridad en que me sorprendía la acción no podían ser mayores, y de empeñarme en ella, tenía que ser en la provincia de Alicante!... Consulté á mi ayudante, y me dijo: «¡Es muy peligroso no cumplir las órdenes!» «Ya lo sé—repliqué—. Para eso asumo la responsabilidad...» Antes que dar con mi retirada un triunfo al enemigo, y acordándome de que en la guerra no siempre vence quien dispone de las mayores ventajas, atacué... Fué reñidísima la pelea, y momento hubo en que estuve á punto de arrepentirme... Pero perseguí á Santés fuera de la provincia, y le derroté... Aquello me valió el ascenso á mariscal de campo y la satisfacción de ver á mis tres coroneles convertidos en generales...

—Y si hubiese usted sido derrotado, ¿se habría suicidado?

—Me había dejado el revólver en el pueblo; pero aunque lo hubiese tenido, no me habría suicidado, por amor á mis soldados... El general Silvestre no debió suicidarse, sino ponerse al frente de las tropas y organizar la retirada, para salvarlas... El debió pensar que la cabeza no se reemplaza en unas fuerzas desmoralizadas, y por encima de toda la vergüenza propia, por encima de todo otro sentimiento, debía haber puesto el de aminorar la catástrofe, salvando los hombres que la Patria le había confiado, y que un general debe mirar no sólo como instrumentos de victoria, sino como hijos suyos, cuya vida ha de salvarse cuando no es imprescindible sacrificarla al honor nacional... Si mal hizo antes en llegar adonde no debió meterse, peor obró suicidándose, y más daño hizo—dijo, y se quedó mirándome muy serio.

Oyendo su amor al soldado, exclamé:

—¿Y dicen que tiene usted mal genio!...

—Yo lo que soy es muy exigente en el cum-

plimiento del deber; pero, por lo demás, pregunte usted por mí á los soldados... ¡Me quieren como yo é ellos!...

He aquí un rasgo que pone de relieve el corazón del insigne general

Era Weyler gobernador general de la Isla de Cuba. Por una confidencia supo que un famoso cabecilla había entrado clandestinamente en la Habana, á curarse unas heridas recibidas en unos combates con nuestras tropas. Llamó al director general de la Policía, que era el general La Barrera, y le dió un plazo de doce horas para que llevase preso al cabecilla.

Expirado el plazo, La Barrera se presentó, apuradísimo:

zón de hombre, porque el jefe que tan deslealmente colaboraba en su obra dominadora de la insurrección cubana era, precisamente, un amigo á quien distinguía mucho.

¿Qué hacer? ¿Fusilarlo?... Se conformó con enviarlo á la Península. Toda la rigidez de su carácter no pudo dominar al afecto de su corazón.

Y véase la segunda parte de esta anécdota:

Años más tarde, aquella autoridad destituida, con toda la hipocresía de los hombres desleales, volvió á captarse la amistad de Weyler, para llegar á ministro... Y lo consiguió. En una crisis, el general Weyler indicó para ministro de la Guerra al amigo desleal de otro tiempo.

Cuantos conocían las deudas de gratitud del nuevo ministro de la Guerra para con Weyler, decíanle á éste:

—Enhorabuena; ahora le nombrarán á usted capitán general del Ejército...

Hacia ya años que Weyler estaba en condiciones y tenía méritos sobrados para ser capitán general...

Pues bien: aquel ministro no quiso promoverle á aquella dignidad!... A propósito de esto, decíale al general Weyler, con tanta gracia como razón, un ayudante suyo:

—Se comprende el por qué, mi general. El ministro no ha hecho más que corresponder á vucencia: vucencia no lo fusiló cuando lo merecía, y él, aunque vucencia merezca ser nombrado capitán general, no le nombra... Están pagados...

—¿Ha sido usted muy *familiar*?—pregunté al general, por saber cómo es en la intimidad.

—¡Hombre! He querido, como es natural, á la familia, pero no la he hecho mucho caso. A mi mujer le guardé todas las consideraciones y todos los respetos, pero nunca le hablé de cosas de mi profesión ni de intereses... Es más: siempre he tenido dos pisos: uno para la familia y otro para mí, para recibir mis visitas y para trabajar y estudiar á mis anchas. Y así, creo que hice bien en llevarla á Filipinas, porque allí iba de gobernador general, á enseñar los entorchados lo menos posible, como me advirtieron aquí antes de salir; y en cambio, hice igualmente bien en no llevarla á Cuba, cuando fui de capitán general, porque allí iba en son de guerra y me convenía evitar todo compromiso y toda influencia extraños á mi objeto que pudiera acarrearle la familia...

El fotógrafo me insinuó que le aconsejase al general determinada actitud para retratarle. Como yo dijese que no me gustaba aconsejar, el general añadió:

—Tampoco á mí. Si me hubiese gustado, habría aconsejado acudir en socorro de los infelices de Monte-Arruir. ¡Yo mismo me habría comprometido á salvarlos!

Ya me había dicho lo mismo antes, cuando, desbordado su patriotismo, me hablaba así:

—Si el pueblo comprendiese y estimase los sagrados y vitales intereses de la Patria, clamaría para que se depuren las responsabilidades por el desastre pasado y por las torpezas de la actual campaña... Porque si lo pasado y lo presente queda sin sanción ejemplar, ¡la catástrofe se repetirá!...

E. GONZÁLEZ FIOL



El general Weyler enseñando las principales curiosidades de su museo particular

—Mi general—le dijo—: ó los informes de vucencia son equivocados, ó el cabecilla ese no está en la Habana. Respondo de ello.

—Le doy á usted otro plazo de seis horas para que me lo traiga usted... ¿Está en la Habana!...

A las pocas horas volvió, punto menos que consternado, La Barrera.

—Mi general: tenía vucencia razón. El cabecilla ese estaba en la Habana...

—¿Cómo que estaba?... ¿Es que no lo trae usted?—replicó el general, imponente de enojo.

—Mi general... es que estaba oculto donde menos podía sospechar yo que estuviese... He practicado averiguaciones en todas partes menos donde..., donde no podía hacerlas...

—Pues, ¿dónde estaba?

—¡Escondido en casa de una de las primeras autoridades de la Isla..., que es cuñado del cabecilla, y que habiéndole oído á vucencia decir que había ordenado perseguirle, le ha ayudado á evadirse.

El general Weyler sintió doblemente el agravio en el prestigio de su autoridad y en su cora-

EN LAS NOCHES SOLITARIAS



CUANDO aquella mujer desgarrada y loca no salía de juerga en la noche; cuando no venía nadie por ella; cuando no tenía aventura, trataba de dormir su crueldad, aquella crueldad que la hacía gritar como una cómica trágica de las bacanales, perdiendo los zapatos y los pendientes no sabía dónde, entregando su bolsillo con todo al último cochero de la madrugada que la devolvía á su casa.

Era muy fuerte para ella el silencio, era muy inaguantable, y no porque estuviese lleno de reproches ó de remordimientos, sino porque estaba lleno de silencio, porque caían en la habitación solitaria y abandonada los copos de nieve del silencio.

Aquellas noches de non en que no llamaba nadie á su puerta, y los automóviles con capota ce rada, como un dominó, y con rasgaduras de talco, como las de los ojos de los antifaces, no rezongaban, ella se refugiaba en los paraísos artificiales, llenaba de voluptuosidad sus

venas, se sentía enervada como si el corazón, durmiéndose también, se pusiese á soñar.

La cortesana necesitaba emborracharse de la alegría de los cristales rotos, de las copas partidas por el talle, de los gritos de lobo de los señoritos trastornados, y ver á los sentimentales poner caras tristes y asustadas ante tamaño espectáculo. Necesitaba empujar á sus amigos desde el colmado en cuyo almacén vacío toca un organillo como en una gran alcoba sin cama ni adornos que supriman el eco agrio de los estucos, á las salas de juego donde ella sentía el placer malsano de que se arruinasen.

Sola en su casa ese día desgracia lo en que todos sus amigos estaban con la gripe ó festejaban acontecimientos familiares, ó la odiaban y estaban reñidos con ella, se entregaba al opio y á la morfina, echada en su *chaise-longue* como en la mesa de operaciones en que los placeres fuertes van disecando á la deleitada con los deleites prohibidos.

¿Que ve cosas maravillosas? Quizá; pero nada como la realidad de ese día más que se suprime de lo futuro, pues su vida languidecerá y acabará pronto. ¿Es que merece la pena ver el brillante boro del placer artificial sobre la aspiración atormentada, ya que el que en esos sueños aspira y huele el placer siente una profunda congoja, como si le estrangulase la serpiente haciéndole un nudo corredizo de creciente violencia alrededor de todo su ser?

La viciosa olvidada en los gabinetes del tedio va muriendo poco á poco, porque ella es incapaz de suicidarse de una vez; porque, ¡ah!, si ella se sintiese caer de golpe en los depósitos de sangre de la muerte, ¡cómo se agarraría á las paredes y arañaría en los muros de la caída, aspirando á salir de nuevo!

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

DIBUJO DE R. DALMAU

LA ESFERA

EL FUMADERO DE OPIO



ORIENTE Y OCCIDENTE, dibujo original de Alfredo Truan

EL NUEVO PONTÍFICE PÍO XI



Una ceremonia solemne celebrada en el Duomo de Milán en honor del cardenal Ratti, cuando fué arzobispo de aquella población



El nuevo Papa Pío XI dando su bendición al mundo católico, desde uno de los balcones del Vaticano, el día de su proclamación
FOTS. MORANO PISCUOLI



Aspecto que ofrecía la plaza de San Pedro, de Roma, en el momento de dar su bendición al pueblo el nuevo Papa Pío XI



La entrada de la Biblioteca Ambrosiana, de Milán, y el monumento á San Carlos Borromeo

Desde que la columna blanquecina de la «sumata» señaló á la multitud congregada en la plaza de San Pedro, de Roma, que el mundo cristiano tenía ya un nuevo Pontífice en monseñor Ratti, la elección de este ilustre Prelado para la suprema jerarquía eclesiástica no ha dejado de ser favorablemente comentada en todos los países. Las grandes prendas morales que adornan al que desde hoy ha de regir la cristiandad; su corazón bondadoso y su ejemplar humildad; su habilísimo talento diplomático—que supo demostrar admirablemente durante su Nunciatura en Polonia, en circunstancias harto difíciles—, hacen del nuevo Papa una figura llena de nobleza y de esplendor, y de la cual deben esperarse los



El nuevo Papa, cuando estuvo en Polonia como Nuncio Apostólico

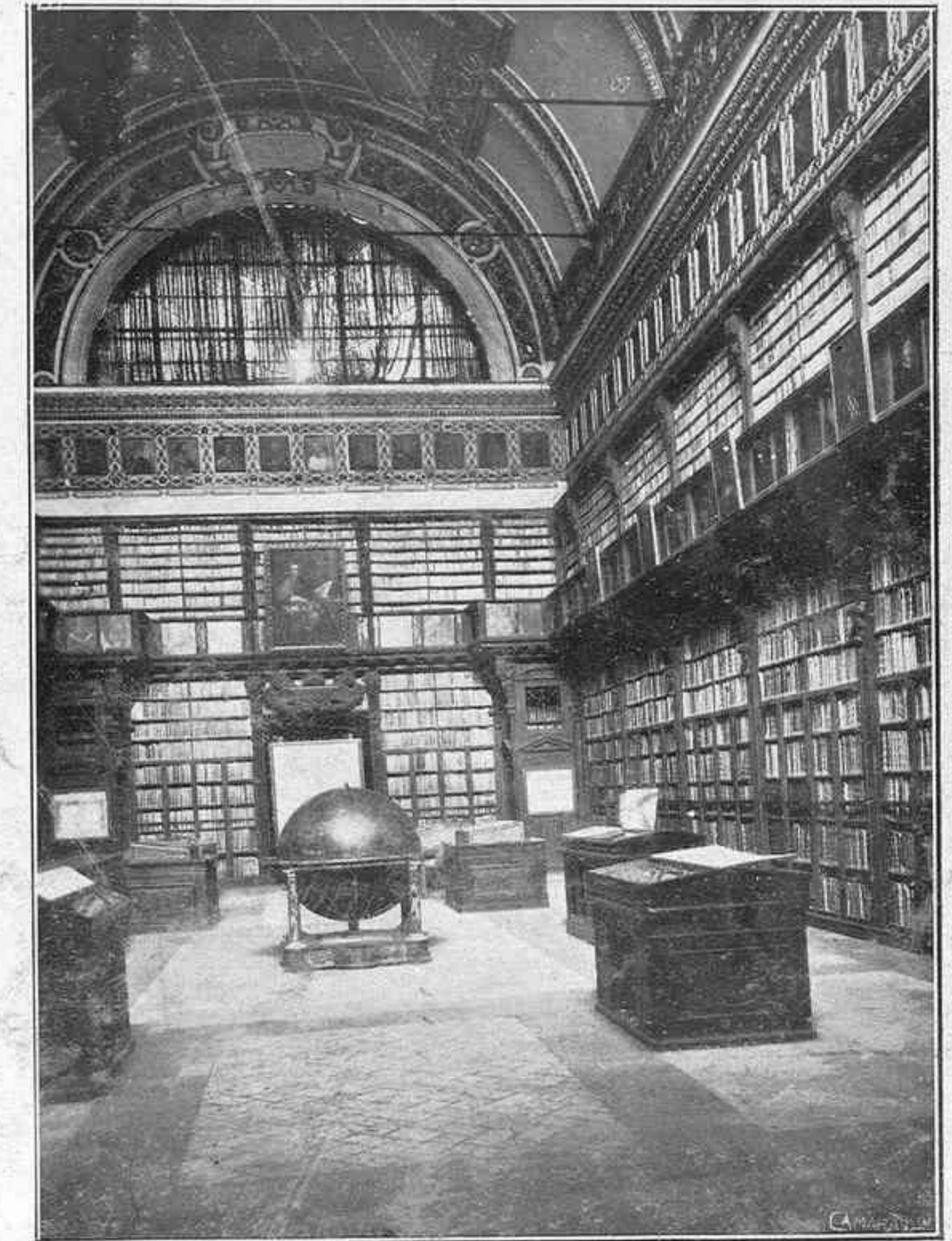


Pío XI durante la misa de «Requiem» que celebró en la Catedral de Milán por el alma de su predecesor Benedicto XV
FOTS. DEL «SERVIZIO FOTOGRAFICO ITALIANO»

más altos resultados y las mejores influencias en favor de la paz y la armonía en el mundo. Además de estas condiciones, que hacen de Pío XI un digno sucesor de Benedicto XV, induce á esperar un fecundo resultado de su gestión pontificia en relación con la política internacional; el hecho de que el nuevo Papa, poco después de ser elegido por el Cónclave, bendijo desde un balcón exterior del Vaticano á la multitud aglomerada en la plaza de San Pedro, alcanzando esta bendición no sólo para las almas allí reunidas, ni tampoco sólo para Roma, ni sólo para Italia, sino para todo el mundo, para todas las naciones, para las almas que viven bajo la cúpula de todos los cielos...



Una reciente fotografía de Pío XI con su único hermano



La gran sala de la histórica Biblioteca Ambrosiana, de Milán, de la que Pío XI fué Prefecto

STUDIO
GALLUCCI
FOTOGRAFIA

LA ESFERA

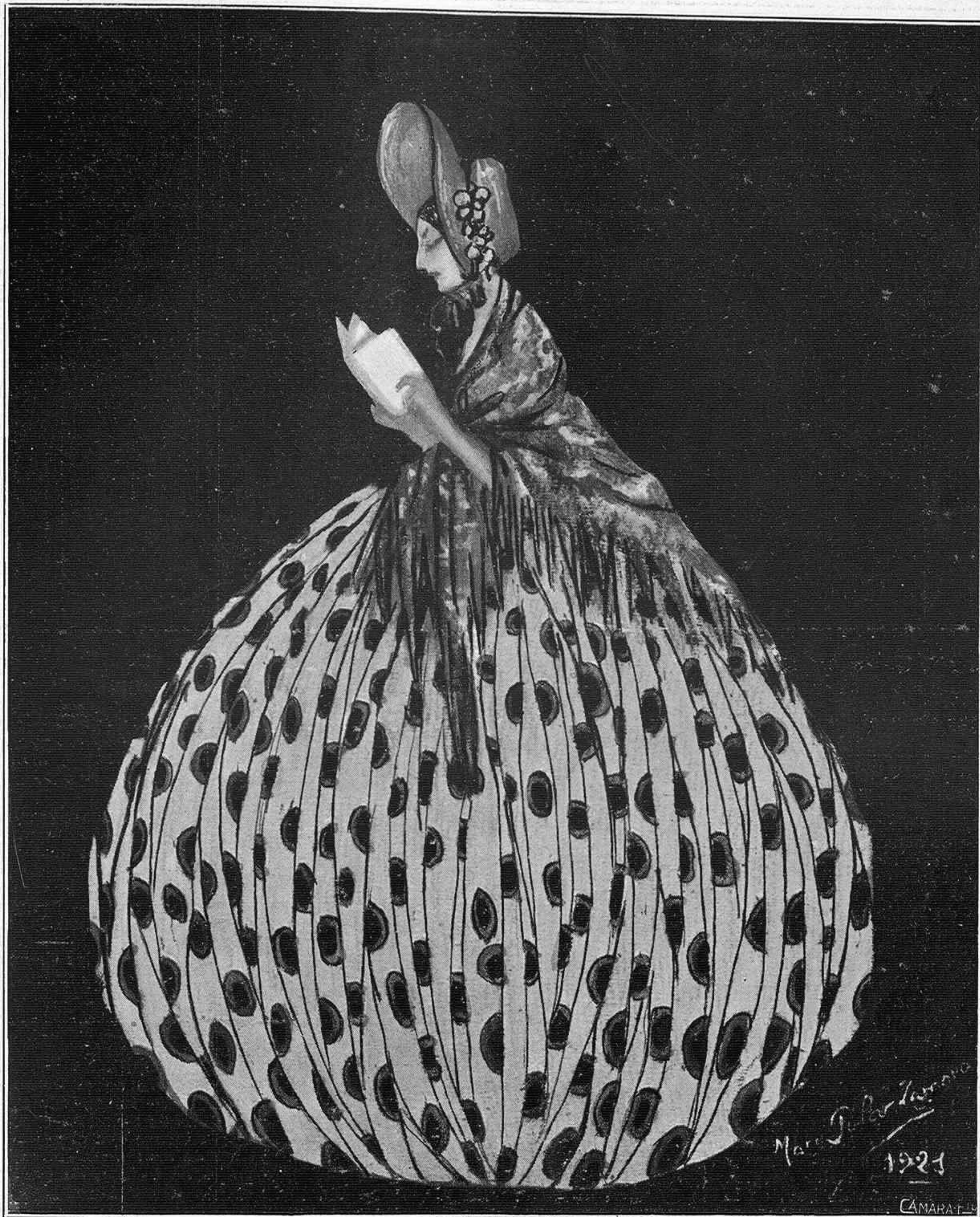
LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



LA ALONDRA, cuadro original de Eugenio Hermoso



ESTAMPA ROMÁNTICA



ESTA mujercita de fino rostro, busto estilizado y falda pomposa que se abre desde la cintura como una gran flor de oro, es el alma sentimental y enferma del romanticismo. Es el alma de aquella hoguera que en el siglo pasado consumió á todos los espíritus, idealizó todos los dolores y todos los pecados y fué, para las culpas y los fracasos anteriores, una bendita llama redentora...

Vive en la estampa el encanto romántico y evocador de aquellos días en que la quimera cubría con sus alas azules todas las realidades y en que la humanidad—distinta á la pobre humanidad triste y loca de hoy—podía ostentar como un penacho su alma sentimental y enferma...

Alma sentimental, porque el sentimiento impulsaba á las frentes y á las voluntades, porque el corazón abría sus pétalos rojos sobre todas las tierras y bajo todos los cielos, porque ante el altar de la diosa Pasión se hacían las ofrendas más fervorosas y se rezaban las más cálidas oraciones... Y alma también enferma, porque enfermó de todas las magas locuras que hoy no sentimos. Alma enferma de arte, de libertad, de amor, de ideal y de gloria...

Musa del romanticismo, símbolo de la época bella, rebelde, pasional é inquieta, la mujercita tiene entre sus manos un libro. Es el breviario de amor y de dolor para su alma envenenada de belleza y de idealismo. Es el libro á quien ella dirá sus sueños y sus quimeras, sus melancolías y sus esperanzas, sus lágrimas y sus sonrisas...

Como son los días luminosos del romanticismo, los versos—ritmo y corazón—tejen en torno á todos los seres sus guirnaldas musicales. Y en las manos de ella, de la mujercita de la estampa, las estrofas de un poeta cantan ó lloran su amor ó su dolor... Son, acaso, las páginas de Espronceda en que sangran su dolor infinito los encendidos claveles de una pasión... O son, también, las estrofas en que Alfredo de Musset va dejando los más trémulos latidos de su alma embriagada de amor y de lirismo...

Ella, musa de la llamarada romántica, hizo que una exaltación vibrante ardiese en todas las bocas, en todos los ojos, en todas las frentes, en todos los corazones... Por ella el ensueño deshojó sus más bellas rosas, dijo el amor sus mejores madrigales, el corazón rimó su poema

purpúreo y cálido... Por ella, también, la pistola de Werther, guiada por el dolor, por la desilusión, por el hastío, por el veneno de la época, tembló en muchas manos y desató las notas de su lúgubre sinfonía junto á muchas frentes que enloquecieron por un ideal roto, ó un alma de mujer nunca alcanzada, ó un fracaso espiritual ó una pasión maldita...

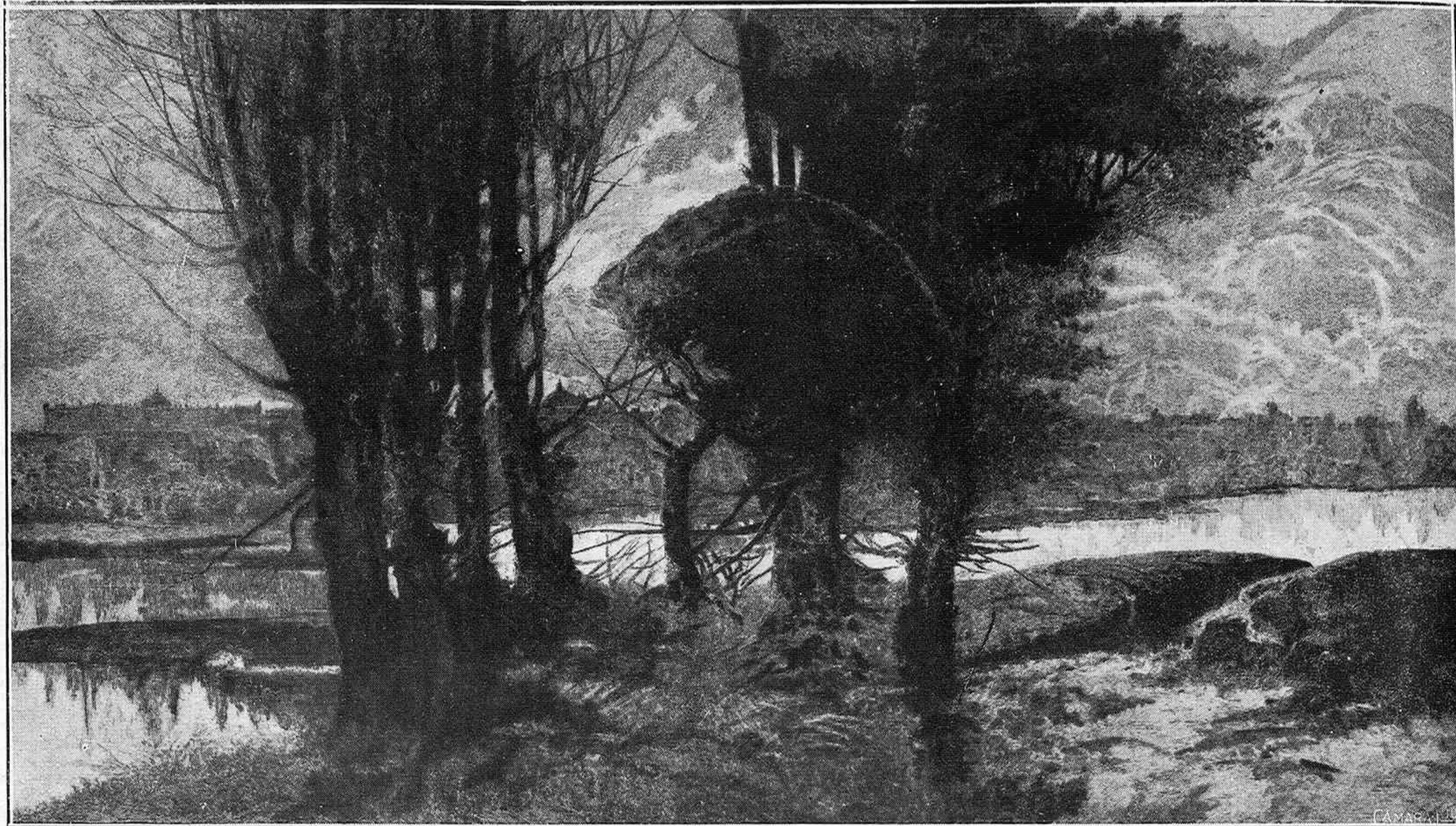
Ella, musa del romanticismo, amó todo lo que tuviese alguna emoción cordial: el lírico rosario de unas rimas, el nostálgico encanto de una sonata, la honda melancolía del pasado, el grito de una rebeldía... Amó todo: placer y dolor, redención y pecado, espíritu y carne, belleza y maldad, porque para todo sabía florecer en rosas de amor su alma sentimental y enferma. Sentimental, porque el corazón era el sol triunfante que alumbraba todas las vidas y todos los caminos. Enferma, porque enfermó de todas las divinas locuras que hoy no sabemos sentir; porque enfermó de arte, de libertad, de amor, de ideal y de gloria...

José MONTERO ALONSO

DIBUJO DE MARY PILAR ZAMORA

:: UN MAESTRO ::
DEL AGUAFUERTE

JUAN ESPINA



«El Manzanarés»

EN el Salón *Art Moderno* expone Juan Espina una colección de acuarelas y aguafuertes. Unas y otras responden á momentos y lugares de la Naturaleza. Son paisajes castellanos vistos en las alturas de la Sierra ó en la calumniada hondura de la tierra que atrae la codicia de tantos nacidos fuera de ella.

Y entre sus acuarelas de gamas cálidas, delante de sus grabados mortecinos de tiempo, pero con una entrañable belleza de emoción y de *métier*, el viejo artista yergue la cabeza con ese gesto tan característico que tiene algo de reto y algo de remota gallardía de un español de los siglos áureos.

ooo

Hace mucho tiempo que nos debemos esta satisfacción de glosar la figura de Juan Espina, veterano de pintores, espíritu rebelde; silueta que cruza por el bastardeado Madrid actual con el chambergo negro, las barbas blancas y el entusiasmo estético siempre á flor de piel.

Juan Espina no es un artista de hoy, en lo que puede significar el actualismo de claudicación, mercachiflería, pastichamiento é insinceridad. No es tampoco un hombre domado en burguesías reproductivas, ni en esos refugios burocráticos que suelen disfrazarse con el nombre de cátedras.

No. Juan Espina, ahora como hace cincuenta años, es el combatiente generoso, deslumbrado y sin reservas, que se batía en medio de la calle por la Libertad (así, con la mayúscula que hoy se ha perdido en las imprentas y en los espíritus).

Su senectud está inflamada de juvenilia. Detrás de las barbas apostólicas, de la melena romántica, hay todo el ímpetu moceril. Y organiza Exposiciones, y lucha en los Certámenes Nacionales y discute en la rotonda del Círculo, á grandes voces, la labor de los acomodaticios ó de los enmascarados.

Estas figuras á lo Domingo Marqués, á lo Pradilla, á lo Daniel Zuloaga, se nos van.

Juan Espina queda aún—y ojalá dure mucho tiempo—, y le vemos con simpatía pasar entre los jóvenes, entre los envejecidos, irguiendo la testa de un modo impertinente que en el fondo es simpáticamente infantil.

ooo

Juan Espina se afilió desde sus primeros

apuntes al paisismo. Sentía la claustrofobia de las ciudades; se ahogaba en los recintos exigüos.

Eran los años heroicos del guarramismo incipiente, tan distintos de las tartarinescas invasiones dominicales de hogaño.

A la Sierra había que ir á pie, en mulos, en diligencias. No existían *motos*, *autos* y trenes-tranvías. No se jugaba al «Saint-Moritz» con billete de ida y vuelta. Algunos escritores, algunos artistas abandonaban la ciudad para exaltar las cumbres. Y en las Exposiciones Nacionales, los buenos visitantes se constipaban mirando los paisajes de Morera y de Espina.

Espina no tenía suerte. La crítica le acusaba de abocetar demasiado, de no concluir los cua-

dro, de no darles aquel académico y redondeado término que se consideraba indispensable entonces para una medalla.

Espina se encogía de hombros, soltaba un taco y emprendía la caminata á la Sierra torciendo un poco la cabeza y guiñando el ojo derecho para contemplar el reflejo del sol sobre la nieve.

También eran los tiempos difíciles del aguafuerte. Hoy existe un grupo nutrido de jóvenes cultivadores del grabado con una maestría admirable. Entonces se la desdenaba por muchos. Le atendían, sin embargo, Lhardy, Campuzano, Espina, algún otro.

Espina burilaba paisajes de un modo más conciso que en el lienzo ó la tabla—¡oh, las tablitas de la segunda mitad del siglo XIX, las tablitas de caballete donde Casimiro Sáinz creó nada menos que el paisaje montañés!—. Algunas de esas aguafuertes las vemos ahora, al cabo de treinta, de treinta y cinco años. Son horas y estaciones bien definidas en bosques de altura, en cañadas ubérrimas, en jardines selváticos, en caminos de cuento.

Juan Espina tiene en esas aguafuertes una sutil delicadeza romántica. Solitarios y recónditos escenarios los elegidos por él, muestran una elocuencia insospechada. Este dice un idilio, aquél una tragedia, esotro una lánguida otoñada de las almas, á compás de la de los viejos troncos ennegrecidos por la lluvia y empenachados por las brumas vesperales.

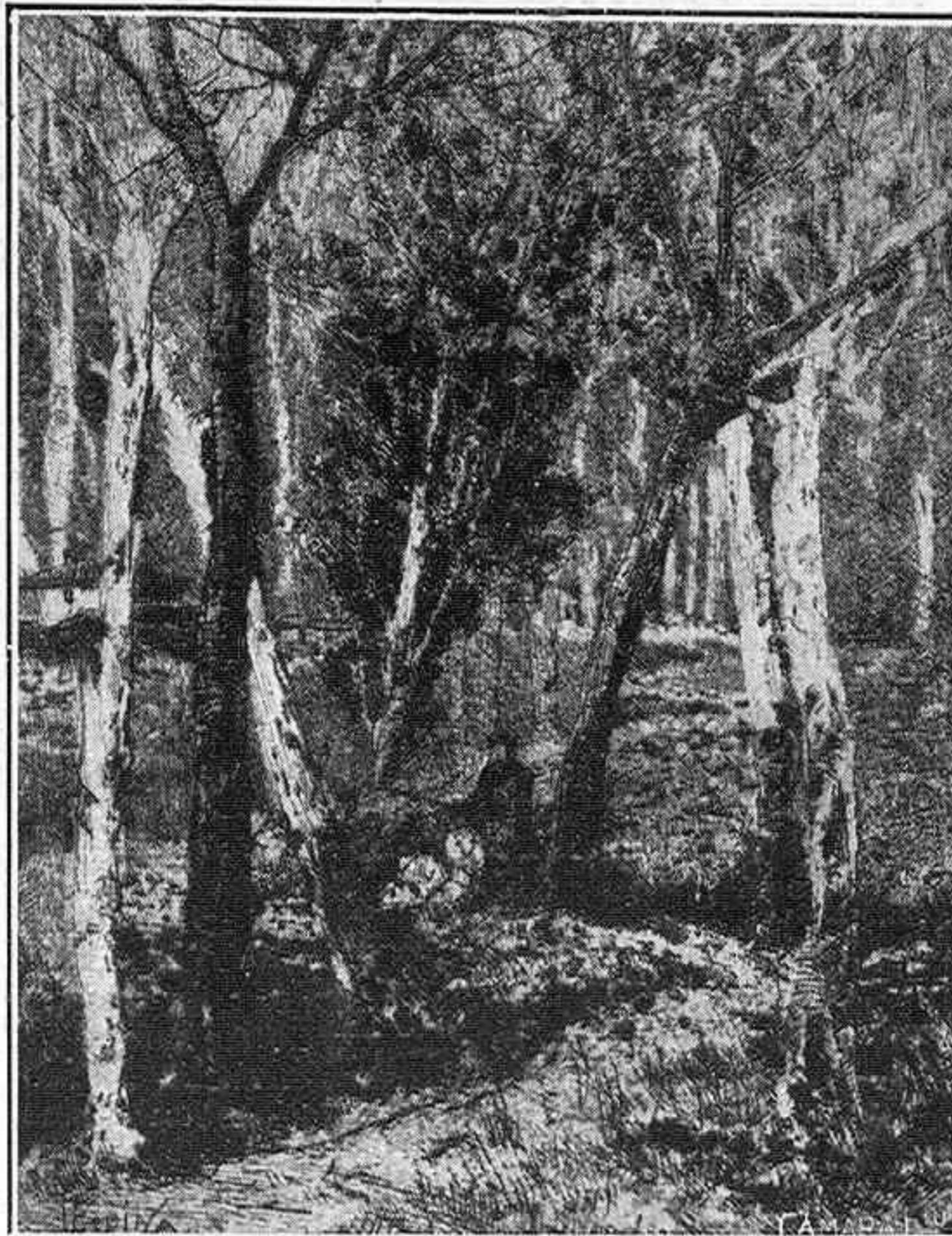
Al lado de estas aguafuertes sugeridoras, matizadas con tan íntima melancolía romanesca, las acuarelas de Espina gritan y vociferan. Son arrebatos juveniles en la nivosa paz de la vejez. Destacan el deseo de no sentirse yerto y apagado...

En cambio, las aguafuertes hechas en la mocedad, en la madurez, presentían como un refugio las futuras horas de reposo y apaciguamiento.

ooo

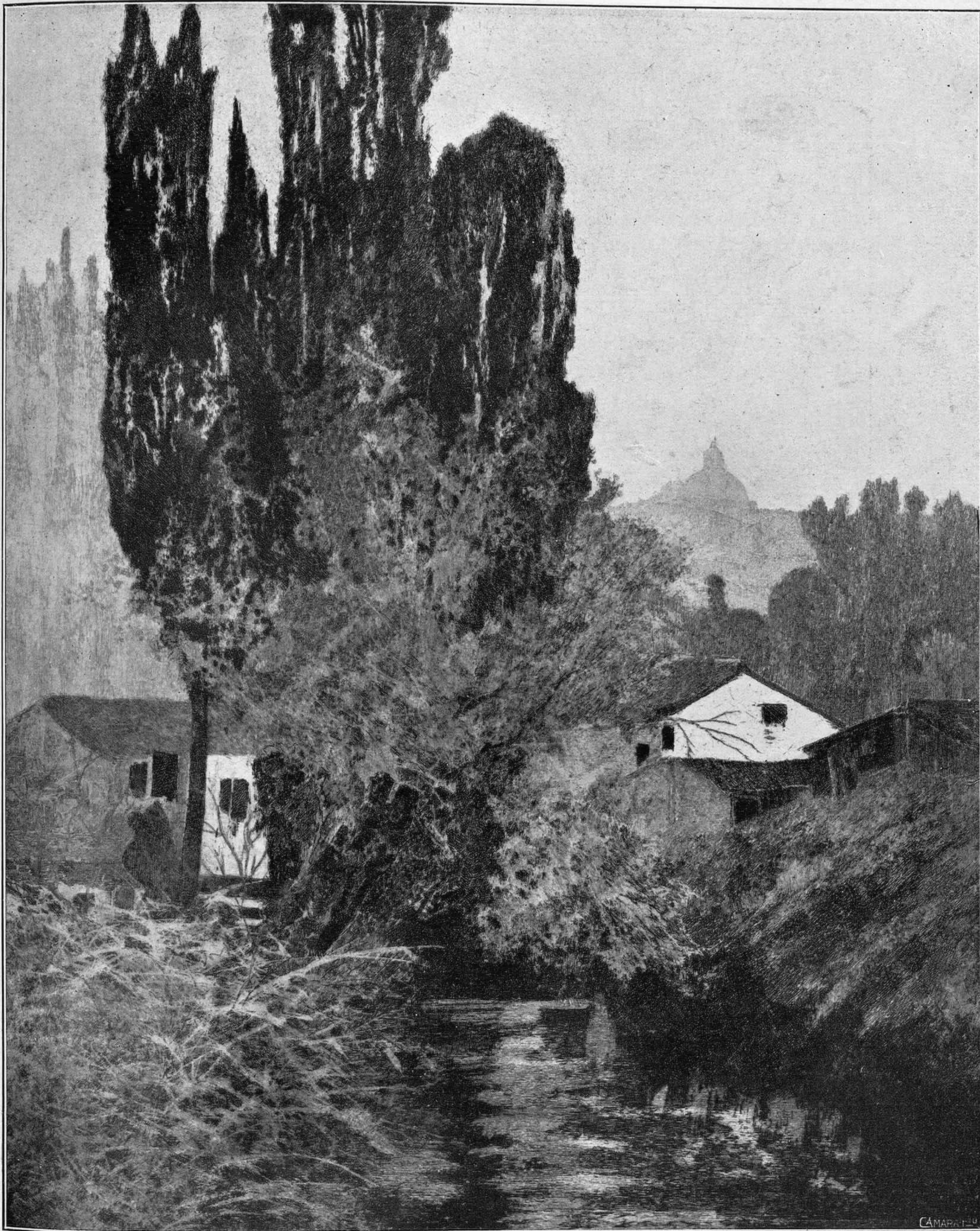
Por todo esto, resulta grato, curioso y ejemplar ver en el Salón *Art Moderno* su arte sereno de ayer, su arte tumultuario de hoy, y entre los dos antagonicos, la recia y sana figura del artista.

SILVIO LAGO



«Otoño»

PÁGINAS ARTÍSTICAS



HORAS TRANQUILAS, aguafuerte original de Juan Espina

UNA MUJER EN LA NOCHE



El viajero sintió, dormido, el sobresalto de la súbita quietud, y abrió los ojos. Noche cálida, un poco pegajosa, con mortecinos reflejos en el interior del vagón. Noche fría, pura, radiante y clara, más allá de los cristales estrechos y opacos... Y silencio. Un silencio ancho, cóncavo, donde parecían hundirse todos los sonidos del mundo para una eterna mudez.

¿Dónde estaba? ¿Qué hora era? ¿Por qué se detenía el tren? El viajero notaba angustiarse profunda su inquietud y acechaba alguna voz, cualquier rumor, no importaba qué vaga luz de los hombres ó de los cielos...

Nada. Como si él fuera solo en una inmensidad olvidada de las vidas ajenas. Entonces el viajero se arrastró sobre su asiento, entre las cubiertas tibias levemente húmedas de sudor, y con la mano enguantada levantó la cortinilla, disipó la vaharada opaca de los cristales. Campo raso, cielo estrellado y una silueta vertical entre las estrellas y los surcos ateridos de frío. Y el silencio.

La cúpula sideral tenía como nunca los brillos puntiagudos de los mundos remotos en una claridad profusa. Diríase que las estrellas caían sobre la tierra y la tierra les devolvía el reflejo de sus terrones escarchados. Ni árboles, ni caserío, ni espejos de aguas. Y el silencio.

Pero si no era un ciprés joven aquella silueta trazada verticalmente entre las piedras y los astros, ¿qué podría ser?

El viajero la miró más fijamente, más cercanamente, a través del cristal ya límpido y frágil.

Era una mujer. Un mantón negro la ceñía el cuerpo y la protegía parte de la cabeza, en un hieratismo de estatua antigua. Pudiera simbolizar el dolor, la soledad, la viudez,

la vigilancia. Pudiera expresar a Urania, humanizada en el conticinio augusto de la noche estrellada.

Tenía los cabellos rubios y en ellos una flor de otros días más benignos. Los ojos claros, serenos, y la expresión del rostro llena de paz amable. Y en torno suyo el silencio.

El viajero bajó el cristal de la ventanilla. El hábito nocturno, invernal, le dolorió la frente, le buscó los pulmones, le congeló súbitamente el sudor encaldecido por el sueño.

—¡Eh, mujer! ¿Qué pueblo es éste?

Ella no le contestó; no se movió. Urania, ciprés, estatua antigua, permanecía inmóvil y tranquila. Y el silencio.

—¿No me oye?

No le oía, no le veía. Y era de una gracia ingenua, juvenil de una belleza reposada, conyugal. A su izquierda, a su derecha, detrás, la tierra; desnuda, solitaria. Sobre ella, miriadas de astros fulgurantes. Y el silencio.



Cuando el tren abandonó aquel sitio, el viajero quiso dormir. No pudo. Al llegar a su destino, enfermó. En las largas noches de fiebre reveía la silueta negra con el rostro sereno y la cabellera florida.

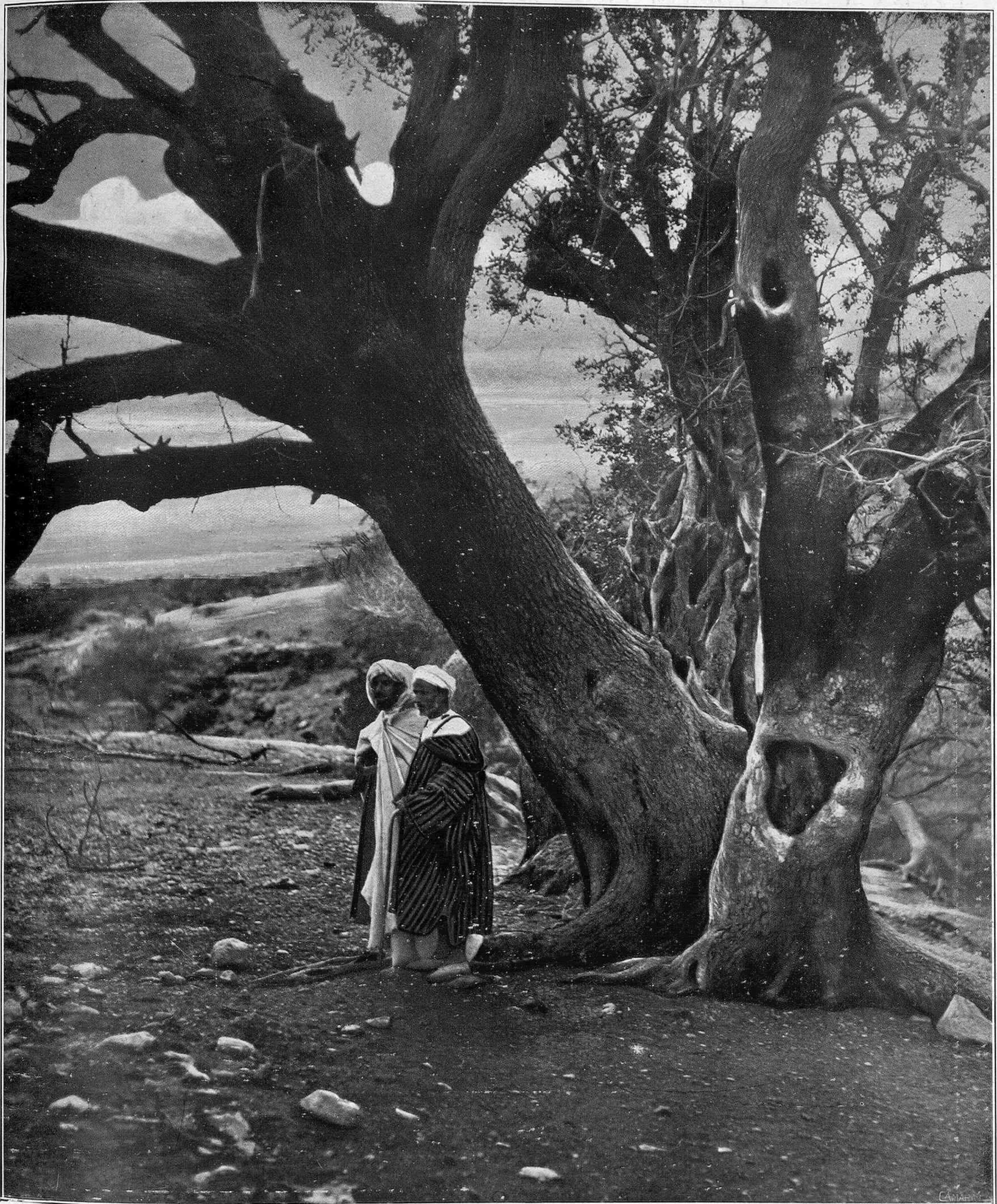
—¿Qué eres, mujer? ¿Qué aguardas?—le preguntó el día antes de morir.

Y en torno de ella, el silencio.

DIBUJOS DE OCHOA

FORTUNIO

LA ESFERA
MARRUECOS PINTORESCO



Moros amigos de España en nuestras posiciones de Zaio

FOT. DIAZ

LA MODA FEMENINA

REFLEXIONES DE UNA MUJER
SENTIMENTAL

Esto de perseguir gloria y provecho por medio del Arte, tiene insuperables ventajas y, por encima de todas, la de pasar por un ser superior. Verdaderamente, entre la joven que pone todo su afán en encontrar marido y la que se muestra decidida á sufrirlo todo por cumplir una misión artística, resulta mucho más interesante la segunda.

El marido significa una casa, sinsabores domésticos, preocupaciones convencionales y hasta una cuna. Y esto repetido hasta la saciedad.

En cambio, el Arte es la libertad, el cambio perpetuo de sensaciones, la impunidad de expresión en las ideas, los innumerables retratos, las *interviews* periodísticas, los viajes. En una palabra: el gustar de todo lo nuevo, lo extraño, lo inquietante, lo bello y, para colmo de felicidad..., el éxito.

De tal modo estoy convencida de todo esto, que, hoy por hoy, mi única aspiración consiste en engrosar las filas de los... «seres superiores» en calidad de violinista, para empezar; porque la verdadera sí oculta intención de mi ánimo es conocer todos los aspectos de la vida artística, estudiando las distintas formas de expresar belleza que en la actualidad existen.

Hállome, empero, ahora frente á un nuevo y también grave problema. Por lo que he podido apreciar, existen entre las mujeres que se dedican al Arte dos tipos distintos: el de aquellas que la inspiración torna exaltadas, apasionadas y hasta un poco revolucionarias, y las que, por el contrario, languidecen á medida que la sensibilidad de su alma se desarrolla y fructifica; las que lloran al leer á Verlaine y palidecen á la vista de un primitivo y se desmayan luego de oír interpretar á Bach ó á Schumann.

Físicamente creo hallarme más próxima á las primeras; pero mis cualidades espirituales se acomodan mejor á las segundas.

Si fuese posible armonizar ambas... Ser turno á turno exaltada y tímida, valerosa y pusilánime, apasionada y tierna... Cierito que tanto cambio, tanta variedad psicológica, desconcertara quizá al público; pero... ¿qué es eso comparado con el placer de ser una mujer á mi gusto?

La tía Adelaida está rozagante. Mi incipiente vocación es para ella de infinita más importancia y transcendencia que la Conferencia de Génova, y reniega de cuanto pueda distraer mi atención del Arte. Mi violín, aparatosamente nuevo, la merece más respeto que á cualquiera abuela el cuerpecillo sonrosado del primer nieto.

Tanta admiración me azora un poco. Será terrible si mis facultades artísticas no tienen todo el alcance que ella espera, y que yo, por lograr su colaboración en este proyecto, la hice esperar con ayuda y complicidad de mi maestro, un violinista de inmenso talento, pobre como una rata y locamente enamorado de mí, al que he confiado mi educación musical en esta primera etapa del camino.

El amor es un inapreciable elemento en casos como este.

Las lecciones se llevan á cabo en el taller de una amiga que se dedica á la pintura y se halla ahora estudiando el arte florentino. El ambiente no puede ser más propicio. Yo me coloco al pie de un gran ventanal, cuya luz convierte en nimbo de oro mis cabellos, con grave peligro de la ecuanimidad espiritual de mi profesor.

Por no creerle apropiado, he descartado el traje que antes eligiera, y ahora visto uno de crespón azul verdoso, forma camisa, mangas largas y muy amplias, las que al tocar el violín caen hacia atrás, dejando des-



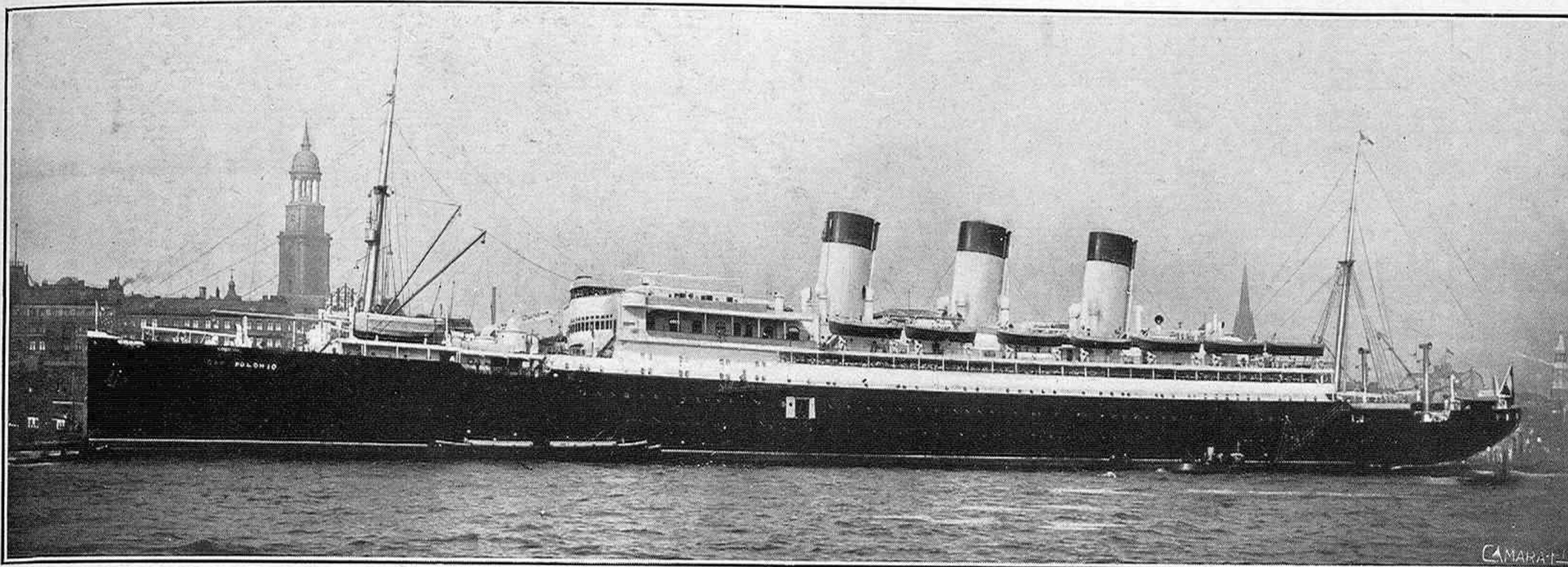
He aquí tres preciosos modelos de sombreros, última palabra de la moda parisién

cubierto el antebrazo escote recto de hombro á hombro y un cinturón colocado muy bajo, de cuentas azules, verdes y amarillas: una verdadera sinfonía glauca.

También he variado mi peinado, armonizando su disposición lo que al arte conviene y la moda dispone de momento.

La frente despejada, el moño formando dos grandes bucles y, en lugar de las consabidas patillas, varios ricitos menudos sobre la oreja misma. Con ello consigo alargar el óvalo de la cara y lucir el ondulado natural de mis cabellos.

UN PALACIO FLOTANTE



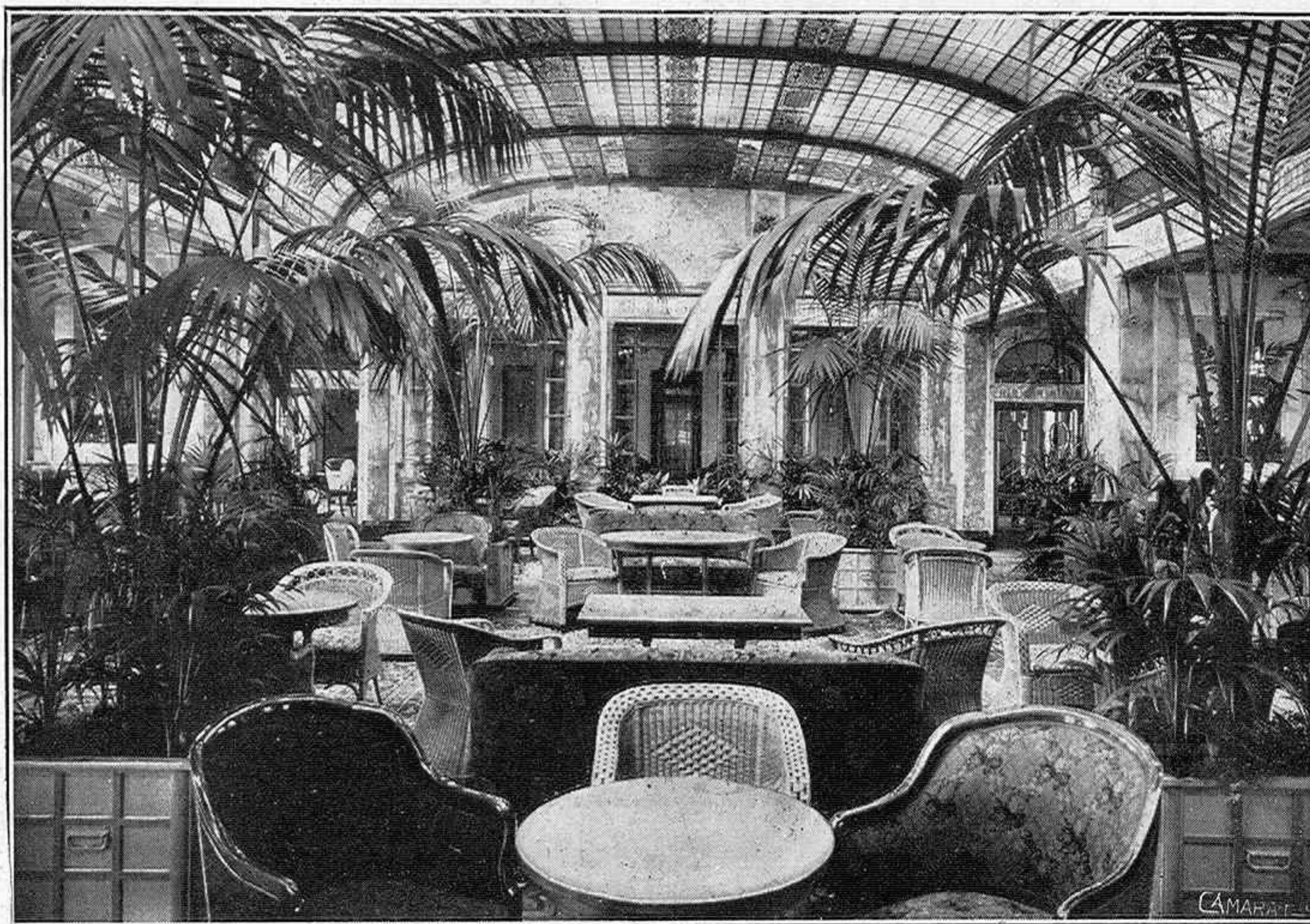
Vapor trasatlántico «Cap Polonio», de 21.000 toneladas, perteneciente á la Compañía Hamburguesa Sudamericana

La Compañía Alemana de Navegación Hamburguesa Sudamerikanische Danmfschiffahrts Gesellschaft de Hamburgo (Compañía Hamburguesa Sudamericana).

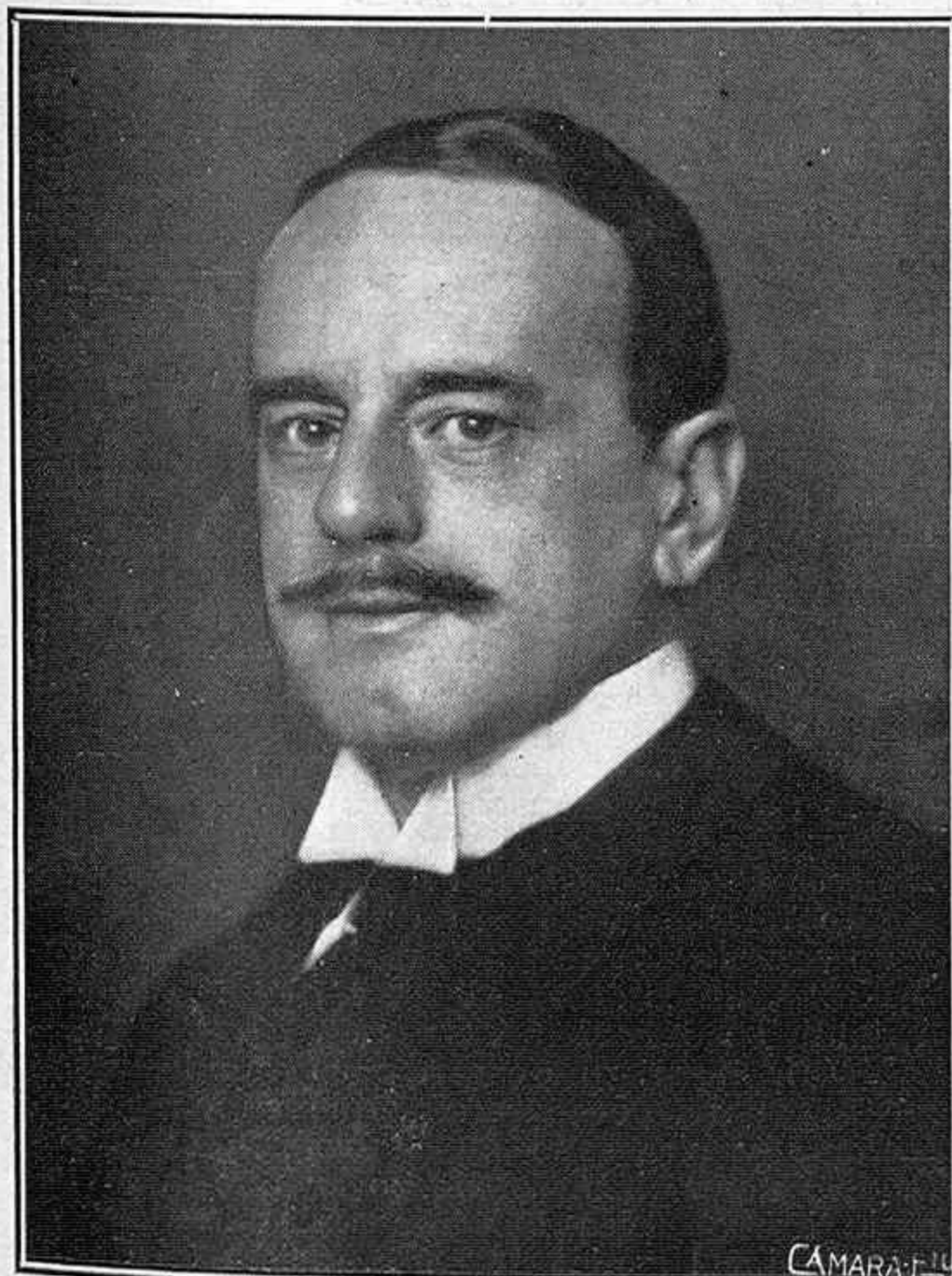
Las comunicaciones marítimas son en todo tiempo el factor más eficaz del progreso y riqueza de los pueblos. Alemania, que antes de la guerra figuraba en primeras líneas, resurge con vertiginoso impulso á estrechar sus relaciones marítimas, que tanto contribuyeron á su grandeza en el comercio internacional.

Presentamos hoy á nuestros lectores el nuevo buque-palacio perteneciente á la Hamburguesa Sudamericana. Se trata de un hermoso trasatlántico, el *Cap Polonio*, de 21.000 toneladas, lujoso ejemplar de buques de pasaje, dotado de todo el confort moderno, donde el pasajero encuentra todas las comodidades de los grandes hoteles terrestres: jardines, piscina de natación, invernadero, etc.

Al hablar de la antigua y acreditada Compañía Hamburguesa haremos especial mención de su director general Sr. D. Theodoro Amsinck, hombre de grandes iniciativas y conocedor especial del comercio marítimo, quien con su constancia y gran acierto ha sabido dominar la angustiosa situación por que atraviesa actualmente la mari-



Jardín de invierno del magnífico vapor trasatlántico «Cap Polonio», que hace servicios regulares desde España á América del Sur



D. THEODORO AMSINCK
Director general de la Compañía Hamburguesa

na mercante alemana, habiendo conseguido con su labor personal y la importante colaboración del Sr. Eggert, segundo director, y los señores Moltmann y Zimmerman, como auxiliares, colocar á la Compañía Hamburguesa, nuevamente, en disposición de ofrecer sus importantes servicios trasatlánticos á su antigua y numerosa clientela. La Compañía cuenta además del *Cap Polonio* con varios otros vapores de gran tonelaje y confort para hacer servicios regulares desde los puertos de España á los de América del Sur.

La Compañía Hamburguesa Sudamericana tiene ya en servicio diez magníficos trasatlánticos, como son el *Cap Polonio*, *Antonio Delfino*, *España*, *Coruña*, *Vigo*, *Santa Rita*, *Santa Fe*, *Santa María*, *Tucumán* y *Argentina*, estándose terminando en los astilleros de Hamburgo otra serie de buques de gran tonelaje y de lujo para el tráfico de carga y pasaje entre Alemania y América del Sur, vía Bilbao, Vigo y Coruña.

Felicitemos á la Compañía Hamburguesa, y muy especialmente al director general Sr. Amsinck, por la actividad desplegada en el resurgimiento de la marina mercante alemana.



SR. EGGERT
Segundo director de la Compañía

HORAS MADRILEÑAS LA DEL MUSEO

PENAGOS
XXI

KETTY, entallado el lindo cuerpo y cimbreño y mórbido en su traje de cruda seda, tocada con un redondo *canotier* de paja negra, penetra en el Museo á primera hora de esta mañana dominical.

El sol ardiente de Junio fosforesce como sobre una viva esmeralda en las espesas frondas del Retiro y en la alta arboleda que bordea las largas avenidas del Paseo del Prado.

Apenas entra la nena en el Museo, pasando ya por el torno que gira lenta y ruidosamente, una sensación agradable de frescor, de paz y de silencio invade su espíritu.

La cruda luz exterior penetra á través de los altos ventanales dulcemente tamizada, bañándolo todo con una agradable suavidad.

En la rotonda de entrada, unos extranjeros adquieren postales con reproducciones de cuadros. Con avidez, los turistas rebuscan en los albums, ávidos de encontrar el mayor número de recuerdos de estas imponderables reliquias de arte que forjó el genio español.

Como siempre, Ketty, que es una visitante habitual, para la cual el Museo no tiene secretos, empieza el recorrido por la sala de retratos.

La nena se detiene, extasiada, primero ante las nobles damas austeras de Pantoja y de Moro, que le producen una severa impresión de respeto; y luego, tras reposar la vista en los maravillosos personajes inmortalizados por Goya, con sus claras levitas de raso y sus blancas pelucas empolvadas, va á detenerse ante el gran pintor de las más exquisitas elegancias.

Ketty está enamorada de Van Dyck. La chiquilla ha forjado en su imaginación, contemplando el autorretrato del bello artista, el tipo ideal, y una rizada cabellera blonda tiene el hom-

bre que ella ha soñado en sus quimeras de amor.

Y de no ser así, le gustaría á la nena desvanecerse de dicha sobre el amplio pecho y las copiosas barbas de aquel gallardo y arrogante Alfonso de Este, que inmortalizó el pincel vandyckiano.

Ketty, en cambio, no se detiene nunca ante el retrato del cardenal de Rafael, cuyos hábitos purpúreos y cuya fría mirada producen un escalofrío en la medula. Y menos mal que junto al obsesionante príncipe de la Iglesia, la *Gioconda* sonríe eternamente, como una imagen de la Poesía, con la inmortal sonrisa del espíritu...

Y la sala central está llena de público dominguero.

Las burguesitas desfilan rápidamente ante la pagana magnificencia de los desnudos tizianescos y las matronas rubenianas hacia las salas de Velázquez y de Murillo, donde ya los ojos pueden posarse sin que el rubor convencional de que alardean deba de alarmarse.

Ketty no comprende por qué las mujeres españolas tienen ese horror al desnudo, á su propio desnudo y al artístico desnudo femenino.

—¡Bah!— piensa Ketty — Pudores ridículos, sentimiento de inferioridad en estas mujeres que tienen tan sólo el concepto de la belleza de figurín encorselada y vestida por Paquin.

Y la nena se planta audazmente frente á las *Gracias* rubenianas, á pesar de que no le agradan con sus exuberancias mantecosas y blandas.

Unas señoritas provincianas euchichean, sonrojadas, ante un lienzo. Una familia de menestrales se emboba ante el gran lienzo de la *Con-sagración del Niño Dios por los Reyes*.

El público dominguero invade las salas, en grupos, que marchan arrastrando los pies ruidosamente sobre el suelo de mármol.

La mayoría de los visitantes cruzan ante los cuadros lanzándoles ojeadas indiferentes; han dado ya otra vuelta á la sala, y ante sus ojos danzan ahora ninfas y Cristos, mujeres desnudas y angelotes rosados, en una absurda confusión, que hace que le parezcan ya iguales los lienzos todos...

Algunos, para descansar, se sientan en los divanes centrales, y allí permanecen en realidad reposando, pero fijos en un cuadro, con el aspecto de curiosos inteligentes que estudian y desentrañan la obra maestra.

Otros se creen en el caso de exteriorizar con grandes exclamaciones su admiración, y los más, acompañados de mujeres, hacen esfuerzos por anticiparse á leer el título de los cuadros y el nombre del autor, para poder desempeñar sin contratiempo su papel de cicerone.

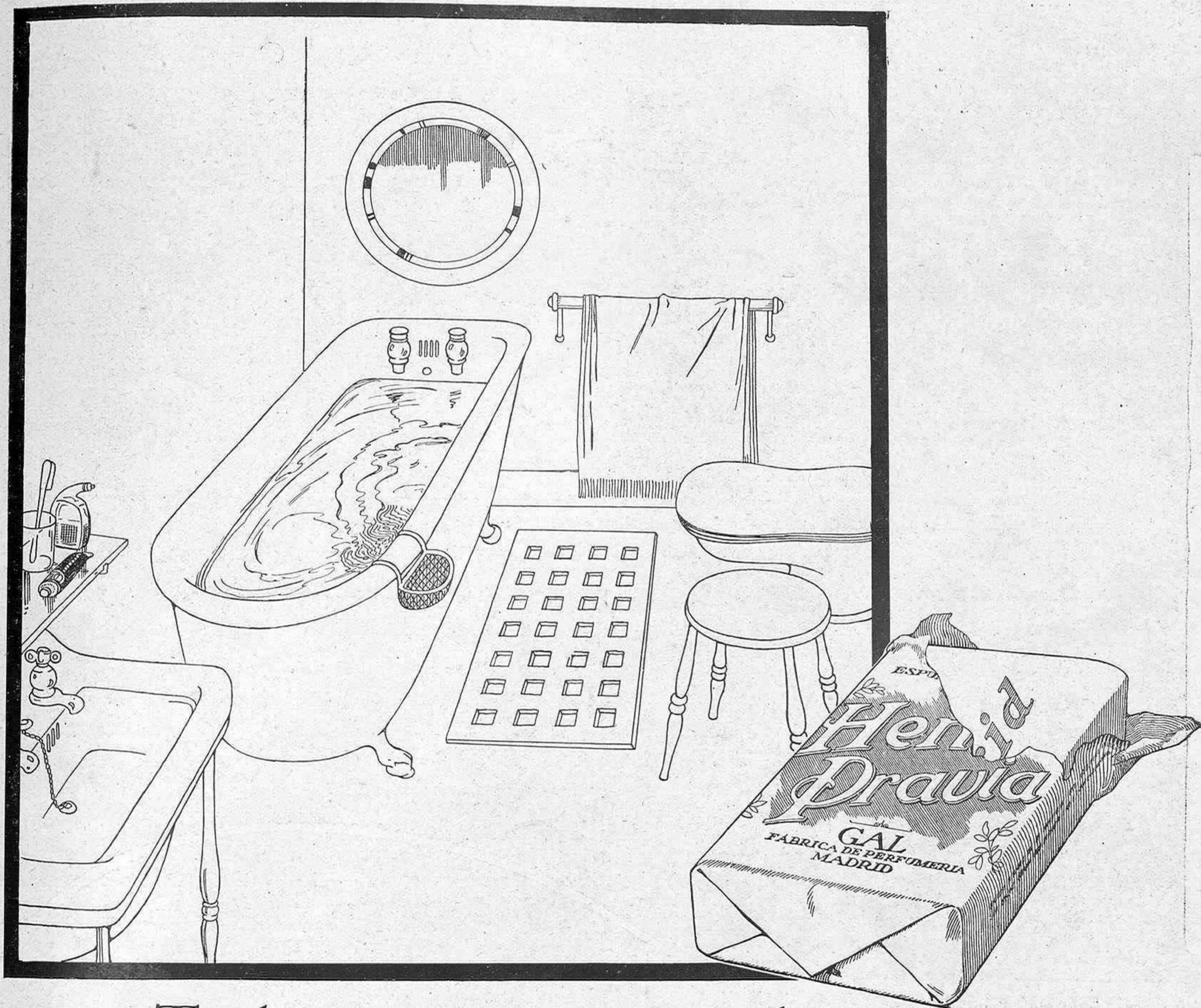
Los ujieres pasean con lentitud, indiferentes á la animación de todos y á los cuadros, con el gesto de cansancio del que está ya excesivamente familiarizado con todas aquellas cosas y no puede extrañarse de nada.

Ketty, antes de marchar, va, como siempre, á rendir su devoción á Goya.

Y á la nena, que es un poco vanidosilla, le gusta pensar, comparando, que su cuerpecito menudo y cimbreño pud. también servir de modelo para pintar el lienzo en que la divina maja aristocrática fué inmortalizada desnuda por el pincel genial de D. Francisco «el de los toros...»

EL CABALLERO AUDAZ

DIBUJO DE PENAGOS



Todo esto será inútil
si falta un buen jabón
de tocador.

Nosotros nos permitimos recomendarle uno
buenísimo: el

HENO DE PRAVIA

PASTILLA 1.50

E R F U M E R I A G A L - M A D R I D

Las alhajas
del

TRUST JOYERO

tienen un se-
llo de distinción
inconfundible.



Rosado Rivas

203-166 PULSERA articulada extensible, con 9 brillantes y rosas sobre platino.

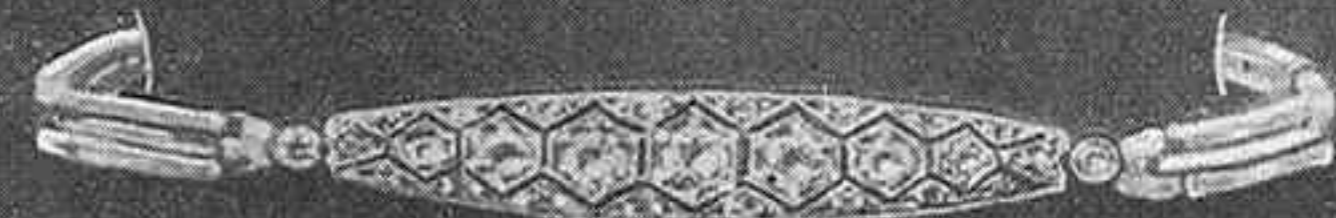
PESETAS: **765**

229-9 MEDALLA de oro de ley, 18 K. y marfil, con cerco de diamantes rosa sobre platino.

PESETAS: **450**

200-111 PENDIENTES con 4 brillantes, onix y rosas sobre platino.

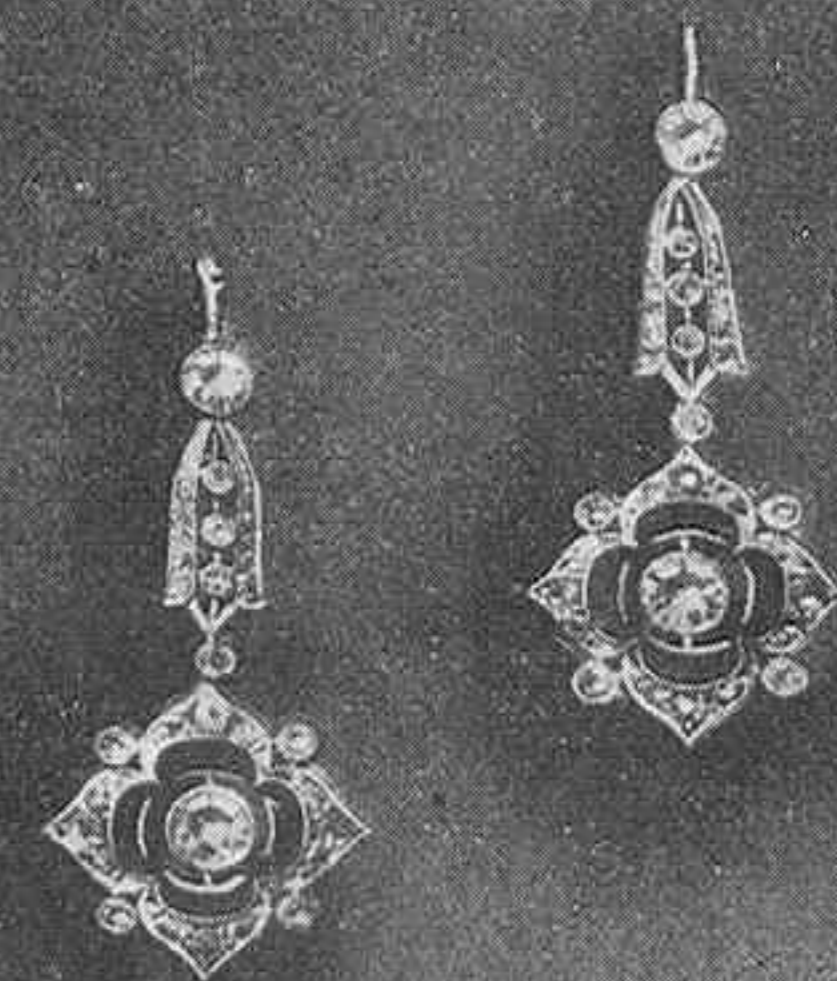
PESETAS: **1.285**



203-116



229-9



200-111

**TRUST
JOYERO
INTERNACIONAL**

Puerta del Sol, 11-12 y Carmen, 1
MADRID

Alameda, 15 SAN SEBASTIAN
Gran Vía, 8 BILBAO



TRUST JOYERO
Apartado 356-Madrid.

Vale por un catálogo ilustrado
de joyas _____ de ptas. _____ a _____
relojes _____ " _____ "

NOMBRE: _____

SEÑAS: _____

POBLACION: _____

1.152



VALENCIA



**PRODUCCION DIARIA
250,000 KILOS**

LOS ARROCES LLUCH & HIJO
SE CONSUMEN EN TODO EL MUNDO



CEREO-LECITINA EJARQUE
ALIMENTO VEGETAL COMPLETO a base de Cereales y Leguminosas

Muy agradable para los niños
Insustituible como alimento en los casos de intolerancia gástrica
y afecciones intestinales. Convalecientes

Análisis de garantía del DR. PESET

Farmacia y Laboratorio Ejarque
VALENCIA



LA INSTITUCIÓN CERVERA VALENCIA (España)
ES UNA INSTITUCIÓN INTERNACIONAL DE ENSEÑANZA
LA MÁS IMPORTANTE DE EUROPA

ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA: Electricidad, Mecánica, Agricultura, Química,
• • • Arquitectura, Construcción, Ingeniería, Electroterapéutica, Automovilismo, Aviación • • •

Tenemos Ingenieros, Arquitectos y Alumnos de las anteriores especialidades en todo el mundo
Para informes, pormenores y matriculas, dirigirse por correo a la

INSTITUCIÓN CERVERA • Apartado 66 • VALENCIA (España)

USE USTED

MAGNESIA efervescente
del **DR. TRIGO**

Rechazad las numerosas imitaciones



YO TOMO
SIEMPRE

ANÍS RIOS

JOSE RIOS-SILLA (VALENCIA)



LA MALA PASIÓN

por

Emilio Carrère

(Dibujos de Máximo Ramos)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar en toda España

En la República Argentina
LA NOVELA SEMANAL
se vende con el título de
LA NOVELA ESPAÑOLA
Está de venta en todos los
puestos de periódicos y en casa
de los Agentes de Prensa Gráfica
en la República Argentina
Sres. Ortigosa y Compañía,
Rivadavia, 698, Buenos Aires

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS
La Estera, Mundo Gráfico, Nuevo Mundo

Y

La Novela Semanal

en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

Puerta del Sol, 6

y en la

CENTRAL DE PUBLICIDAD

Calle de la Cruz, 27



Miss Blanche

THE VITTORIA EGYPTIAN
CIGARETTE COMPANY
BRUXELLES

CIGARRILLOS ORIENTALES
CON BOQUILLAS
DE ORO Y CORCHO

A PESETAS 2,25 y 2,30 LOS VEINTE

De venta en todas partes

**THE VITTORIA EGYPTIAN
CIGARETTE COMPANY**

